













C-VIII  
PSOL-3/0024

DISCURSO

DE

D. EMILIO CASTELAR.

---



À D. EMILIO CASTELAR,

*dedica esta edicion, como testi-  
monio del mas sincero afecto y  
profunda admiracion su constan-  
te y leal amigo*

*J. Sol Torrens.*



E. CASTELAR.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

EL

DIA 25 DE ABRIL DE 1880.



LÉRIDA:

IMPRENTA DE JOSÉ SOL TORRENS.

1880.





SEÑORES ACADÉMICOS:

LAMADO á compartir las tareas y los honores de vuestro instituto, en dias ya lejanos, retardé adrede este instante, á ver si tiempo y trabajo de consuno me grangeaban algunos títulos, justificativos de vuestra eleccion y de mi atrevimiento. Mas, desesperanzado ya de conseguir por mis méritos gracia debida á vuestra bondad, tócame tan sólo expresaros mi agradecimiento y deciros como alienta mi palabra la persuasion de haber arrancado este lauro, ántes á vuestro cariñoso afecto, que á vuestro frio juicio. Sucedo, en silla ilustrada por Navarrete, á un



sábio, que así poseía las ciencias de la naturaleza como las artes de la palabra; y si puedo sucederle, no puedo en manera alguna sustituirle, aumentándose con estos contrastes entre su competencia y mi incompetencia, al par de toda la pobreza de mis calidades todo el poder de vuestra magnanimidad, mucho mas propia para obligarme que lo hubiera podido ser vuestra justicia.

Consagrado desde mis mocedades, en periódicos y libros, en tribunas y cátedras, á servir, entre nosotros, la vida del espíritu moderno, creo correspondiente con la solemnidad de este acto, el convertir vuestra atención hácia los conceptos fundamentales de nuestra edad, demostrando la poesía en ellos contenida, cuyo vigor promete aspectos nuevos al arte, como los dió en tanto número á la ciencia, así que pasen de las regiones donde brilla la luz de las ideas á las regiones donde arde el calor del sentimiento y de la vida.

Difícil tarea ciertamente acreditar de poética una edad, notada de prosáica por sus achaques políticos y sus ten-

dencias á la economía y á la industria. Valor há menester para confrontar las barbacanas de feudal castillo, con los hilos de industrioso telégrafo; y el campo de los torneos donde alardean los caballeros y piafan los caballos y relucen las armas y luchan las fuerzas y braman las muchedumbres y ondean las divisas y sonrien las damas, con esos almacenes de nuestras exposiciones universales, donde silban las máquinas y hierven las calderas y giran las ruedas, sosteniendo porfías del trabajo, más útiles, pero no mas hermosas, que los cruentos empeños de la guerra. Conozco la dificultad en toda su extension, y la acometo con todo mi ánimo, lastimado sólo de que no plegue al cielo darme fuerzas bastantes á sostener la verdad de mi tesis y á medir la altura de mi siglo.

Al mentar el espíritu de este nuestro tiempo, ¿mentamos esencia real, ó mera abstraccion? Preguntas de este linaje asoman á las mentes, no ya tratándose de tal ó cual determinacion del espíritu, sino tratándose del espíritu



humano en sí mismo. Que sentimientos é ideas se refieren á impalpable é invisible unidad interior, en la cual residen todas nuestras facultades intelectuales y morales, así las energías del albedrio como los pensamientos de la razon y los juicios de la conciencia, principio evidentísimo por toda nuestra naturaleza revelado y sólo contradicho en escuelas incompletas, que ponen el humano criterio en la falacia y grosería del sentido. Todo cuanto tiene contenido infinito no puede caber en la reducida experiencia, sino en otro infinito, en la idea. Mas la sencilla observacion demuestra que ideas y sentimientos y voluntades se modifíean profundamente en el tiempo y en el espacio, al influjo del hogar, del lenguaje, de las relaciones múltiples que completan y dilatan á una nuestra vida. Existe, pues, el espíritu de un siglo como existe el espíritu de un pueblo: que perdurables el sentir, el pensar y el querer, cambian por las leyes de la variedad sus modos de ser al movimiento de los sucesos y al poder de las transformaciones.

Renuévanse en el cuerpo humano de tal suerte los átomos, que toda nuestra sustancia varía en el discurso de brevísimos períodos, como en el cuerpo social se renuevan de tal suerte las ideas, que cada cincuenta años unas generaciones maldicen de otras generaciones, á veces con notoria injusticia. Nada inmóvil bajo el cielo. Esa China ideada inerte por la inocencia y la ignorancia de la antigua historia, hoy aparece á nuestra crítica con irrupciones, con dolores, con guerras religiosas, con feudalismo y monarquía, con sacudimientos periódicos, con tumultos plebeyos, con los mismos huracanes que han trastornado nuestra atmósfera y los mismos terremotos que han subvertido nuestro suelo. Si cada siglo no tiene su espíritu propio, su unidad de pensamiento, explicadme por qué los estóicos perseguidos, acosados, proscriptos en el siglo primero, reinan con verdadera soberanía en el siglo segundo, é infunden su ciencia así al imperio como al derecho romano; explicadme por qué á la idea de la unidad imperial,



que dura tanto tiempo. sucede á fines del tercer siglo aquella tendencia invencible á divertir las fuerzas, á separar las regiones, á extender las tribus, á erigir ciudades frente á ciudades y pueblos frente á pueblos, tendencias precursoras de la anarquía germánica: explicadme por qué, después de haber subido toda la esencia del paganismo á la cabeza de un solo hombre que reabre los templos y reamina los oráculos, la idea nueva se apodera de otro hombre que arranca el tirso violentemente á las manos de los sacerdotes y la corona á las sienas de los senadores, para compelerlos á hincarse, mal de su agrado, ante la cruz que vencia al eterno capitolio: explicadme por qué, allá en la octava centuria, papas, reyes, príncipes, señores, guerreros, corren á refugiarse en el régimen carolingio, como si la Roma imperial resucitara, y cuarenta años más tarde, el Océano aborta la raza normanda y el suelo produce las lanzas feudales que van á sustituir la unidad con el caos: explicadme, en fin, por qué pasamos de los terrores del año mil, á

cuyo pavor nos confundíamos con las tétricas figuras bizantinas de nuestras iglesias románicas, al empuje de las cruzadas, movidas de una ciega confianza en la victoria, y por qué desde los reyes bienaventurados del siglo décimo-tercio, como San Luis, San Fernando, caemos en los reyes crueles del siglo décimo-cuarto, como los Pedros de Castilla, de Aragon, de Portugal; por qué las empresas hácia Oriente en pos del sepulcro de Cristo se truecan en las empresas hácia el Occidente en pos de la cuna de la libertad; por qué, al abrirse la era moderna y renacer el arte, coincide con la muerte de Grecia en la toma de Constantinopla, la resurrección de la estatua griega en su sepulcro de Italia, que nos dá la forma humana perfecta; y los viajes de aquel que descubre el nuevo paraíso terrenal, y las revelaciones del sábio que fija el foco de las elipses planetarias en nuestro sol coinciden con la palabra del profeta que levanta sobre las supersticiones religiosas el eterno lumínar de nuestra conciencia. Hay ciertamente un espíritu de



cada edad como hay un espíritu de cada pueblo.

De todo lo cognoscible por nuestro entendimiento, se desprende como una esencia misteriosa la idea. Y toda idea vive y cree por una ley real, la lógica. De consiguiente existen conceptos fundamentales de todas las cosas en la razón de nuestra alma y en la razón de nuestro siglo. La parte corpórea nuestra se compone de una serie de órganos que forman á su vez un organismo; y la parte incorpórea de otra serie de facultades que forman á su vez un sistema. Por las raíces del organismo tocamos en la materia, como el último de los vegetales; y por las ideas infinitas tocamos en el empireo, como el primero de los arquetipos. Nacemos de la naturaleza, entre lágrimas y sangre, como los más humildes mamíferos que hayan habitado nuestros apriscos ó nuestros establos; y vamos á la eternidad como el más hermoso de los ángeles que haya podido recoger en sus labios el verbo creador ó infundir el aliento divino á los mundos fatigados en sus eternas

parábolas. Esclavos de la muerte, la celeste increada luz que sobre nosotros cae al nacer, nos aviva para la inmortalidad. El mal brota de la limitación y el bien de la infinitud de nuestro contradictorio sér, pareciéndonos á las plantas que en las tinieblas exhalan el gas de la muerte, y en cuanto las besan los primeros albos de la aurora, el oxígeno de la vida. Lloramos lágrimas amargas como las aguas del Océano, pero, como las aguas del Océano también, se endulzan al evaporarse en el cielo, para luego caer en bienhechor rocío, sobre nuestra abrasada frente. Entre lo finito y lo infinito se eleva, á través de la naturaleza y sus múltiples séres, de la sociedad y sus estados, del arte y sus inspiraciones, de la religión y sus dogmas, de la ciencia y sus verdades, el espíritu humano en busca del Sér eterno y absoluto, realidad de todos los puros ideales elevado en las cimas del universo y difundido por todas las creaciones.

Pues bien, yo declaro que en los conceptos fundamentales de nuestro tiempo, respecto á la naturaleza que



nos rodea, y á la sociedad que nos educa, y al estado que nos gobierna, y al espacio infinito donde todas las cosas se contienen, y al tiempo eterno donde todos los hechos se suceden, y á los horizontes celestes de cuyos arreboles baja sobre nuestra alma la inspiracion, y á las verdades científicas sin las cuales apareceria lo creado y lo increado como esos geroglíficos que no han tenido intérprete, y á las mismas inefables comunicaciones entre lo finito y lo infinito; en todos estos conceptos de la razon y en todas las realidades varias de ellos provinientes, se encierra harta materia para obras poéticas y artísticas sin cuento como en aquellas canteras del Pentelico, doradas por el sol de Atica, donde los helenos tallaban el mármol para las armoniosas estátuas de sus dioses. Y cuenta que no creo el arte copia de la naturaleza, remedo servil de la realidad, sino lo ideal en esencia. Para mí el artista penetra de una ojeada con la intuicion donde no pueden penetrar los sábios con el raciocinio: esparce inspiraciones, que contienen la eterna reve-

lacion de la hermosura: crea espontáneamente obras varias á guisa de esas fuerzas naturales que cifien de nieves las montañas y de lirios los valles; obedece á su interior vocacion, cual á un mandato divino, y es absolutamente libre; dá leyes y no conoce ninguna; reúne á la actividad dirigida por la conciencia otra actividad ciega y sin conciencia, en cuyos misterios se ha creído encontrar ya un génio angelical ó ya un protervo demonio; extrae de todas las cosas su esencia; y siente en sus nervios agitados como un arpa eólica, la chispa eléctrica, antes que haya estallado por los aires, y en su corazon, abierto á todos los afectos, el choque de los dolores sociales antes que los haya sufrido la misma humanidad, y en su mente, agitada por la creacion continua, pensamientos todavia no nacidos en la mente universal, y en su cráneo el peso de la nube aun no condensada en la atmósfera; consumiéndose en sus propias llamas, destrozándose en el parto de sus criaturas, muriendo de su inmortalidad: henchido de adivinaciones y de presen-



mientos que lo martirizan, como destinado á levantar el universo moral, muy superior al material, por obra del espíritu; pues ninguna mariposa ha tenido en sus alas y ninguna flor en su corola paletas como la paleta de donde surgiera la Transfiguracion ó el Pasmó; ningun rruiseñor en su garganta y ningun arroyo en sus susurros melodías como las melodías escapadas de las liras del músico y de las arpas del profeta; ningun mar en sus fosforencias y ningun cielo en sus estrellas resplandores como el resplandor de la humana conciencia cargada de eternas y luminosas ideas.

Lo ideal, sentido con profundidad y espresado con belleza, hé ahí el arte. En su éther se transfigura hasta el universo material. La naturaleza seria, pues, como un templo sin sacerdotes ó como un geroglífico sin descifradores é intérpretes, si no la comprendiera el pensamiento, y no la iluminara la poesía. Los adelantos científicos, léjos de dañar al aspecto poético de nuestro cielo, señores, lo han demesuradamente engrandecido y abrigantado. Así como la

concepcion alejandrina del sistema planetario, dominante hasta los últimos tiempos, vence en poesía á la concepcion asiática que imaginaba la tierra sostenida por el lomo de un elefante sostenido á su vez sobre la concha de una tortuga; supera á todas las creencias cósmicas nuestra creencia que considera el mundo terrestre como un astro, parte de esa inmensa nebulosa llamada via-láctea; esferóide lanzado á los espacios de lo infinito por la atraccion, arrastrado eternamente hácia el sol, sujeto á sus dos movimientos diurno y anual que le obligan á describir en el cielo parábolas eternas, seguido de su luna pálida como la muerte y triste como el amor, componiendo sidéreo coro, en el cual recibe ósculos de fuego, rayos de luz, corrientes de electricidad, arboles de iris; como para formar con la combinacion de todos estos presentes celestes, á modo de corona boreal, una guirnalda de encantadora poesía. La belleza del arte antiguo consiste en personificar por medio de tipos las transformaciones á que la vida está sujeta en el movimiento



universal. La Dafné, que esquivaba el sol y husca el río, transformada en la adelfa de nuestros torrentes; las hermanas de Fæton el audaz, convertidas en olmos henchidos de esa goma semejante al ámbar con que se adornaban las mujeres del Lacio; la hermosa Leucothea, nacida bajo el cielo de Hesperia, en cuyo río se abrevan los caballos que lanzan de sus crines el día, trocada en el amarillo tallo que brota al través de las tierras sepulcrales; los marinos irrespetuosos hasta alejar de Naxos al Dios de la alegría transformados en esos delfines, que siguen las estelas de las naves y juegan entre las espumas de las ondas; todas estas metamorfosis me mueven á pensar cuántas bellísimas leyendas no libarán los tiempos por venir en nuestras ideas sobre la circulación de la vida las cuales nos muestran cómo las plantas son otros tantos laboratorios alquímicos, destinados á transformar la materia inorgánica, convirtiendo el ázoe de los estiércoles y el amoniaco de las lluvias, en las flores donde van á pintar las mariposas sus alas y á beber su miel

las abejas así como nuestros cuerpos recipientes, los cuales por la absorción, por la respiración, por la nutrición, por la asimilación, convierten el fósforo de los fuegos fátuos en masa cerebral y el hierro de las minas en rojos glóbulos sanguíneos y la cal de los caminos en calcáreos huesos y la aurora venida de improviso á enrojecer nuestras noches, en corrientes magnéticas, cuya virtud mueve los humanos nervios como el plectro la cítara y nos trae el presente de la vida celeste para penetrarnos de nuestra relación estrechísima con todo el Universo.

No puede dudarse; á medida que la idea de la naturaleza crece en la inteligencia, el sentimiento de la naturaleza crece á su vez en el corazón; y á medida que el sentimiento de la naturaleza crece en el corazón, la poesía de la naturaleza crece en las imaginaciones. El mundo asiático hacia del animal como el dios de sus altares, como el símbolo de sus artes, como el protagonista de sus poemas; y era explicable tal achaque, dada la pesadumbre de aquella materia.



en cuyos senos se absorbía y disipaba la infinidad del alma humana. Para que el hombre rompiera su consustancialidad con el mundo, necesitóse una distinción radicalísima entre el Eterno y su obra; aquella distinción, realizada en los desiertos, al pié del Sinaí, sobre la terrosa Palestina. Mas, luego, así como el mundo oriental desvaneciera el hombre en la naturaleza, el mundo greco-romano personificó la naturaleza en el hombre. Cada Dios encarnó una fase de la vida universal, individualizándola. Contra tamaña apoteosis del hombre, por virtud de esas sucesiones de acción y de reacción, que reinan en la historia, sobreviene el misticismo de la Edad Media, desvaneciendo nuevamente las criaturas, no en la naturaleza, en la Iglesia. Y por nueva reacción, el Renacimiento diviniza la forma humana, si no en los cielos de la teogonía, en los cielos del arte. Y la naturaleza vuelve á desaparecer, absorbida por el hombre, como en los tiempos helénicos. Ninguna de las formas bellas, que para expresar la idea existen, señala, como la estatua aislada,

esa victoria de nuestra persona libre sobre el mundo que la rodea. Así, las figuras de Miguel Angel se destacan, aun las no entalladas y esculpidas, las pintadas mismas, en espacios vacíos. Así el universo de Ariosto no es natural, sino mágico; diríase que es obra de embrujamientos y hechizos. Así, en las ruinas de Roma y en el campo romano, donde las ideas pelearon como ángeles apocalípticos, y por tanto, surgió siempre lo sublime, como el vapor natural á las frías cenizas, el socarrón de Rabelais solamente echó de ver que se cogían frescas y sabrosas lechugas. Montaigne, de la prosapia de los claros ingenios, aconseja la soledad para esparcimiento del ánimo, no en bosque ó selva, como haría René, sinó en vulgar trastienda, y, á lo sumo, en ágil partida de caza. Entonces podía pasar un viajero ilustre junto á la catarata del Rhin, objeto hoy de tantas peregrinaciones, sin notar otra cosa que el fragor de sus despeñados caudales. Entonces el bosque de Armida componíase de árboles, que ostentaban por troncos humanos troncos; afeites



bien impropios, que quitan su naturalidad á la misma naturaleza. convirtiéndola en artificiosa y contrahecha. Entonces menudeaban pastoriles novelas, regocijo de nuestros progenitores y enojo de sus nietos, más pagados de la verdad natural que de sobrepuestas engañas.

Digámoslo muy claro y muy alto en honor nuestro. El génio ibero despertó el sentimiento de la naturaleza oscurecido por encontradas nubes. Las naves lusitanas hallaron el ya olvidado extremo Oriente, las naves españolas el desconocido extremo Occidente; y con la aparición del Asia, despertada en su sepulcro, y la aparición de América, sorprendida en su perfumada cuna, volvióse la tierra verdadera más hermosa que si fuese fingida por la más exaltada fantasía. En mares no surcados y ricos de madre-perlas; en costas no exploradas y cubiertas de bosques olorosos y henchidas de oro y plata; á la vista de cordilleras donde los volcanes se mezclan con los ventisqueros y las lavas con los aludes; sobre las corrientes de rios descendidos de ignotos manantiales y esmal-

tados de extraña vegetacion acuática, cuyas ramas y raíces, entrelazándose, forman y desprenden islas de tales flores y aves que las creeriais jardines bajados del paraíso sin mancha para restituir su primera vivienda al hombre sin pecado; en aquella renovacion del universo, nuestros navegantes, nuestros descubridores, nuestros misioneros debían ver la naturaleza como Adán, al despertarse á la vida, la retrataba immaculada en el espejo de su conciencia. Por un lado las descripciones de los descubridores y por otro lado las estancias del nuevo Homero de la navegacion, de Camoens, avivaron el amor á la creacion. Yo atribuyo, quizá sin fundamento, la poesia naturalista de los dos inmortales creadores de Galatea y de Titania, poesia excepcional en su tiempo, á haber ambos á dos bañado sus almas en estas corrientes saludables venidas á Europa desde Asia y América. Mas reconociendo tal mérito á dos génius culminantes, declaro que el modo propio de sentir la naturaleza en nuestro tiempo nació allá en el siglo de la re-



volucion y de la critica, nació en el siglo décimo-octavo. Cayéndose á pedazos la sociedad antigua, demolida por los excesos de los opresores y el derecho de los oprimidos, buscó espíritu la libertad en el seno de la creacion. Poco artista aquel siglo, achaque propio de todos los siglos muy combatientes huia las catedrales gótigas impregnadas con el incienso de las antiguas creencias, y se lanzaba de un salto á los mares de la nueva vida y á los horizontes de la nueva idea. Y el mismo que encontró en una ciudad helvética materiales politicos para avivar la futura sociedad, encontró en las celestes aguas del Lemán, á orillas de aquel Ródano, que parece, al deslizarse por las calles de Ginebra, como una disolucion de esmeraldas jaspeadas de ópalos; al frente de aquellos Alpes con sus cresterias de nieves en las cimas y sus selvas de melezos en las faldas; por aquellos paisajes donde la gracia se hermana con la grandeza, el sentimiento que completa los anhelos por la libertad, el amor á la naturaleza. Y por coincidencias históricas, en

los mismos dias en que el sentimiento de la naturaleza se exaltaba en Europa, la idea de libertad vencia en America. Imposible medir cómo han trascendido los viajes de Europa á América y de América á Europa en la ciencia y en el arte. Cuenta Navarrete qué, al dejar las Azores nuestras carabelas, maravillado Colon de no encontrar las islas fijadas en el mapa de Toscanelli que le guiaba, quiso dirigirse al Este, en cuyo caso hubiera abordado á las costas de Virginia, y Pinzon lo disuadió, impulsándolo hácia el Sud-oeste, advertido por bandada de papagayos que atibárá y cuyo vuelo cambió los destinos históricos de todo un continente. ¿Qué no decir de aquellos viajes del primer enviado desde el Nuevo al Viejo Mundo, de Franklin, el cual, no solamente ostentaba en sus sienes la corona de sus libertades sino blandia en sus manos el rayo de los cielos? ¡Ah! Los descendientes de los antiguos cruzados ceñíanse su espada caballeresca para esgrimirla en América; y dos reyes, Luis XVI de Francia y Cárlos III de España, los en-



viaban allende los mares y los sostenian en su empresa. América, venida á la vida histórica por una revelacion de la naturaleza, entraba en la libertad moderna por una victoria sobre la naturaleza. Y las imaginaciones exaltadas y los corazones sensibles movíanse al arte, á la elocuencia, á las letras, agitados por estos grandiosos espectáculos de la vida física y de la vida moral, agigantándose así los conceptos fundamentales del universo como los conceptos fundametales de la sociedad.

¡Cuántas bellas obras se han producido al calor de estos sentimientos y de estas ideas en nuestra centuria! Acordaos de aquel breton, nacido al pié de los dolmenes celtas y de las encinas empapadas en el vapor de los sacrificios, que despues de evocar las musas cuyas inspiraciones infundieran oráculos en la tripode de oro á las pitonisas de Delfos, arrullos en el nido de laureles á las palomas de Donona; cuelga su profana lira de cristiano altar y caballero de las antiguas instituciones al par que poeta de las nuevas libertades, ena-

morado por propio impulso de los ideales modernos y por aristocrática educacion de los ideales antiguos, incierto entre dos siglos, sin atreverse á mirar ni el ocaso ni el oriente de las dos edades que batallan en su presencia, náufrago de la mayor tormenta revolucionaria que han visto los tiempos, arriba al suelo de América, cual Edipo al valle de la Colonna, buscando la paz en aquella naturaleza exuberante, sentida y descrita por magistral manera, y allí representa, como en escenario apropiado á su grandeza, la exuberancia de su fantasia tempestuosa, los dolores sin tregua y las dudas sin salida, diferenciándose de los primeros que vinieron y adoraron á América, como se diferencian del sencillo idilio la trágica hermosura de la culpa. Y para que poseamos todos los tonos de la inspiracion naturalista, poseemos tambien la más cándida de las églogas. ¡Quién no habrá llorado, leyendo los amores de aquellos dos seres aparecidos al abrigo de las montañas que los palmitos coronan; criados en las sendas



chozas que los negros sirven; confundidos en su pasión hasta vivir de una misma vida, la cual se absorbe en la naturaleza de tal suerte que miden el día por la sombra de los bosques, y las estaciones por la madurez de los frutos, y la alborada por los gritos de los gallos, y las noches por las hojas del tamarindo, y los años por las cortezas de los troncos, y las estaturas por la copa de los arbustos, como si al borde de los torrentes que se precipitan rápidos entre los bambúes, bajo los plátanos y los cocoteros que se entrelazan por las cadenas de las enredaderas cargadas de rojas y gualdas flores, aquella joven pareja fuese, como el alma partida en dos, de las virgíneas selvas! Y al lado de estas obras podemos poner, seguros de aventajarlas, modelos de poesía naturalista en castellano, así las odas del que cantó la inmensidad del mar en el Norte y la aplicación de la vacuna á América, como las silvas del que escribió el libro de la Agricultura de la zona tórrida, en cuyas estancias, vemos con toda verdad el condor que

vuela sobre los nopales y el cucuí que brilla entre las pasifloras; los bellones del algodón y los cactus de la múrice; los colores del añil y las almendras del cacao; las hojas del plátano y del tabaco; las florestas y los vergeles donde compiten la copia de las flores con la copia de los frutos; el pan de la zuca y la fecundidad del banano; la placidez del jornalero que cultiva sus campos de café á la sombra de los bucares y la audacia del explorador que, entrando con su hacha al hombro y su tea en la mano por las selvas, derriba con estrépito un ceibo secular que ha abrigado las aves en sus ramas, las fieras en sus troncos, abrasa el limo donde viven tantas generaciones de múltiples seres, y con el furor del incendio y del combate abre nuevos senos á las creadoras virtudes del trabajo.

Si unos poetas expresan el sentimiento, otros la ciencia de la naturaleza. Entre estos segundos, ninguno como aquel germano, á quien llamaremos eternamente oráculo de la creación allá en los templos del arte. Los pri-



meros movimientos de su ánimo le llevaron al misticismo y le unieron á la fé de su raza. Mas, las revelaciones de la electricidad, tan sorprendentes al terminarse la última centuria, y en las cuales sentíase latir como el alma al mundo, arrastraron su inspiracion á sumergirse en el éther de la vida universal. Bien pronto su poesía tomó aires de sibila, escuchando con atencion y repitiendo con fidelidad el himno compuesto por todas las cosas, desde la abeja en sus colmenas hata el luminar en sus eclipses. Suelos y mares, tierras y soles cantaban cíclico poema, guardado tan sólo para este evangelista de la realidad, cuya pluma de águila trazaba el Apocalipsis de las trasformaciones reales. Su pensamiento, sereno como la inmensidad y sintético como la ley, descubria en el abismo de los abismos cerúleos, por esencia de lo creado, la luz increada, y por revelacion de esa esencia, la forma en combinaciones interminables de mágica hermosura. Su sed de esa luz cuasi-espiritual y su culto á esa forma cuasi-pagana le

condujeron á Italia, y cómo le tentaron á evocar los dioses de la naturaleza en las playas de las sirenas. Inútilmente los monasterios, todavía poblados, murmuraban la oracion de la penitencia en sus oídos; enamorado de la antigüedad, perdíase en los campos, preguntando á las encinas y las hayas virgilianas por los fáunos desaparecidos, y á las cavernas del Pausilipo y del Tiber por las ninfas muertas. En sus viajes llevaba delante de sí, cual un sacerdote de Olimpia, la efigie en mármol penthélico del Júpiter Olímpico. Y cuando la ciencia creia erigir el Universo sobre las abstracciones del pensamiento, abismábase su observacion profundísima en la universalidad de los séres. Y encontraba en lo que podíamos llamar parte externa de esa universalidad, luz y forma, como en lo que podíamos llamar interna, unidad y variedad. De aquí sus metamorfóseos, revelando que del cotiledon se originan todas las flores y de la vértebra todos los vertebrados, como de la línea todos los cuadros y del número todos los logaritmos. Unidad y varie-



dad, luz y forma, materia y movimiento; he aquí los ritmos de los eternos salmos entonados á ciegas por los seres sin conciencia y comprendidos y deletreados en la conciencia universal. Corolas y lunas, gorgeos y vuelos, el vapor de un valle y la elipse de un satélite van buscando en la inmensidad, no solamente la luz que los esclarece, sino también la idea que los interpreta. La concepción mecánica del mundo y sus combinaciones de átomos cedén por completo ante la concepción dinámica que explica cómo el calor de la vida corre desde la tosquedad del fugaz aereolito confinante con la nada hasta el micrócosmos del humano cerebro cofinante con lo absoluto. Hay energías en las fuerzas, motores en el movimiento, esencias en las cosas, que van tejiendo con hilos misteriosos la urdimbre de la vida en lo infinito. Así, nada tan necesario como asomarse á ver el fondo de las cosas. El día que la magia perdió su prestigio, no fué el día en que ardiera el fuego robado al cielo en las manos de Prometeo, sino el día en

que ardiera la idea libre, luz de la luz, en él. La sávia que circula por el campo y que hincha las yemas de los árboles golpeaba con fuerza, en el pulso de aquel poeta y en sus olímpicas sienes. Y todos sus esfuerzos se dirigían á expulsar de lo creado la magia embustera, sustituyéndola con el resplandor poético de la verdad natural. Era como un gran dibujante, que copiara con su lapiz las formas y como un gran músico que anotara en el pentágrama los ecos de la naturaleza. Anegábase en la sustancia de donde brota la vida, como la esponja en el mar; perdiase en el movimiento eterno como el nadador en las corrientes; indagaba á guisa de naturalista el tipo fundamental de las especies y á guisa de poeta se embebecía en la contemplación de las formas; miraba las esencias en sí como un filósofo platónico y luego las personificaba y deificaba como un escultor griego; y elevaba á culto su amor á esa alma madre, que nos mece desde el nacer en sus brazos y nos entierra y nos devora en sus entrañas; que habla como una pitonisa y guarda



sus secretos y sus misterios como una religion; que produce los individuos, cual séres en sí, para encadenarlos luego á las especies; que todo lo cambia en los múltiples fenómenos y todo lo conserva en la perennidad de la esencia; que nos condena á batallar sin fin y nos regocija con amores sin término; que mata y produce todos los días; extrayendo de las películas diseminadas, de las semillas invisibles, de las larvas frias, de las hojas secas, de la putrefaccion misma, de tantas sepulturas hacinadas, los enjambres sonoros, cuyos aguijones traen á nuestros lábios el licor dulcísimo de la vida. Así, la naturaleza no infundia en él esa contemplacion tranquila del mundo y sus varios espectáculos, tan próxima al candor de la égloga, sinó la inquieta curiosidad que quisiera asistir á la germinacion universal de los séres, beber en la copa donde se contiene la eterna sustancia, lactar los pechos ubérrimos á cuyos pezones se alimenta toda nutricion, ver las raices y ramificaciones de los organismos, encerrar en la mente los tipos de todas las criaturas y

las matemáticas de todas las esferas como en el corazon una llamada de ese amor que renueva las especies y una gota de esa esencia que se dilata desde las cavernas á los cielos, encendiendo y animando toda la creacion.

Bien es verdad que las nuevas ciencias y los nuevos instrumentos científicos han dado á los horizontes de la poesia moderna desmesurada extension. Lo mismo el telescopio, revelándonos astros cuya luz tarda siglos de siglos en llegar á nuestros lentes y á nuestras retinas, que el microscopio, diciéndonos los innumerables séres contenidos en lo infinitamente pequeño, han prestado á la vida fuerza y variedad no sospechadas en otros días y por otras generaciones. La ciencia más moderna, la geologia, ciencia originaria de nuestra edad, ha aumentado la grandeza de la tierra en términos que pasan al entendimiento y cansan á la admiracion. El autor del poema la Creacion lo ha dicho. Los séres fantásticos nacidos de la poesia antigua, los titanes engendrados en las cavernas, de respiracion hirviente cual los crá-



teres, y de fuerzas devastadoras cual las erupciones; saltadores de los cielos á guisa de las humaredas y las nubes volcánicas; los gigantes heridos por los rayos de la ira divina en el Osa, en el Pelion, en el Cáucaso y condenados á sacudir el suelo con los estremecimientos de los terremotos, los monstruos de cien brazos, eternos forjadores del hierro en sus fraguas tonantes y conjurados enemigos del Olimpo; las gorgonas en sus tinieblas; los centauros brillantados por el rocío, los tritones con crines de espumas y colas de trombas; los cerberos llamados á recibir las sombras de los muertos y los endriagos y fantasmas de la Edad Media; todas las figuras descritas en las epopeyas y leyendas consagradas al origen de las cosas y á sus transformaciones eternas, jamás emularán, jamás, en grandeza las perspectivas abiertas por nuestra geología en la creación terrestre, con sus montes cuyas cúspides bañadas por los diluvios, se han tronchado, cual arbustos, al empuje de los huracanes eléctricos; y con sus moles graníticas esparcidas por tan-

tas catástrofes, y en cuya comparación parecen pigmeos los colosos caídos y los templos arruinados de Babilonia y de Menfis, y con sus desmesurados animales esculpidos é incrustados en las lápidas donde se deletrean las inscripciones reveladoras de las edades planetarias y se ven las esfinges guardadoras de los seculares secretos; y con sus paisajes, ora encendidos como océanos de éther y ora fríos como océanos de hielo, y con sus monstruos que tienen estatura de colina, y sus helechos que tienen estatura de árboles, y sus árboles que tienen estatura de montañas, y sus mares calcáreos semejantes á levaduras de vinerías, y sus madreporas semejantes á gérmenes de vida orgánica; maravillosísimas fases de innumerable antigüedad, cuya sucesión compone cíclica epopeya, la cual empieza desde el punto en que nuestro globo se confundía con el sol, como el infusorio con la gota de agua, y continúa por las épocas en que iba nuestro globo al acaso contenido en esos cometas que vagan errantes, burlándose casi de la gravita-



cion universal, albos de astros por venir ó pavesas de astros ya extinguidos; y concluye cuando los agentes ígneos y acuosos, con hercúleos trabajos, producen ya los cristales, ya los pórfidos, ya las rocas neptúnicas, ya aquellas compuestas por restos y petrificaciones de especies animales y vegetales completamente desaparecidas, hasta llegar á la hora de paz y de armonía, en que los continentes se han dibujado en sus límites, y los mares se han recludo en sus lechos, y la atmósfera se ha descargado de sus vapores y de sus tinieblas, para que en la cima del organismo, alimentado como la más lejana nebulosa por la universal combustion del oxígeno, brotase el humano cérebro como el espacio inmenso; en cuyos ojos, brillantes á guisa de bellas constelaciones, se refleja la superior y progresiva vida del humano espíritu. La verdad es que la inspiracion concluirá por encontrar tarde ó temprano el lado poético de todas estas grandezas.

Mostrádle á cualquier persona vulgar, por ejemplo, una navegacion, y si suele

ver á la contigua su curso, parecerá cosa liviana y de ninguna monta, como al oficial de taller los trebejos de su pintor ó al sacristan de amen los altares de su iglesia. Pero poned á Homero en medio de ese mismo espectáculo, y veréis cómo halla enseguida lo típico en lo individual, lo eterno en lo mudable, lo uno en lo vario; la astucia congétina al mareante en Ulises; la fidelidad conyugal, más indispensable en la vida marítima que en la vida ordinaria, por las largas separaciones, en Penélope; la natural invocacion á las fuerzas sobrenaturales en los sacrificios consagrados á Neptuno antes de zarpar; la fortuna, acoriendo al náufrago y salvándolo del naufragio, en Ino; las playas amigas y hospitalarias en Nausicáa; las playas bravías é inhospitalarias en Polífemo; los innumerables lazos tendidos por las ondas á los marinos en las seductoras sirenas, coronadas de algas y de espumas; los escollos de hermoso aspecto y de traidoras celadas en la mágica Circe; y el trabajo marítimo se hermoseará en la poesia, como puede hermosear un ver-



dadero ingenio todas nuestras invenciones; la reluciente punta de platino en comunicacion con cadena, cuyos eslabones entierran en los abismos del planeta los rayos engendrados en los abismos del cielo; el globo aereostático ascendido á las alturas como para dar al hombre alas semejantes á las del águila y alzarlo donde no se alzan las más voladoras aves; la redomilla encantada, guardando líquido metal, sensible, á manera de aterciopelado pétalo, á los amorosos besos del calor: la fuerza contenida en las nieblas, en los vapores levantados por la aurora entre las florestas y los valles, fuerza tan ténue á primera vista, capaz de vencer las olas y los huracanes suprimiendo las distancias y arrastrando en pos de sí naves y carros, conducidos, como aquellos de las divinidades antiguas, por majestuosas nubes; la retorta, donde se encuentra algo vencedor del oro, llamas en el agua, esencias en el aire, elementos en los antiguos elementos; la chispa portadora de una virtud plástica tal que esculpe como los cincelados de Fidias; el resplandor dotado de

tal magia pictórica, que retrata como los pinceles de Velazquez; la corriente eléctrica condensada en caja mágica, despidiendo centellas que culebrean por nuestros nervios y penetran por los duros metales, y avivan á los muertos, y mueven lo inerte, cual si tuviesen el don de los milagros; el gas que mantiene el recuerdo de la vida en lo infinito y pinta las hojas de la flor sobre sus tallos; el lente que penetra en lo invisible hasta descubrir los corpúsculos animados dentro de una gota de sangre, y el espectro solar que, aprisionando la luz de Sírio, nos muestra por los colores y los matices de sus iris la existencia allí de nuestros mismos elementos y la unidad cósmica de la materia creada correspondiente á la unidad divina del Criador.

La creación universal no acaba, señores, al aparecer la más perfecta de las criaturas, el hombre. Entónces puede asegurarse que comienza, uniéndose las fuerzas de la naturaleza con las fuerzas del trabajo. Nacemos sujetos á dos combates; al combate con los seres inferiores y al combate con nuestros semejan-



tes. Llamamos á éste guerra, y trabajo á aquel. Por una de esas contradicciones, en nuestra naturaleza frecuentes, la poesía ha cantado con preferencia al trabajo, que vivifica, la guerra, que mata. Mayor fama cabe á Cain por sus crímenes que por sus siembras. Y las obras de arte inmortales deben su inmortalidad tanto al mérito que pone en ellas el artifice como á la idea que pone el tiempo, pues individuales por su origen, tambien son por su carácter eminentemente colectivas y sociales. La Iliada contiene en sus hexámétros la primera guerra entre Asia y Grecia; la Enéida habla al pueblo romano de la fundacion de Roma; la Divina Comedia compendia, compendiando los dogmas, la vida llena de remordimientos y de penas en los infiernos de su siglo; las Luisiadas repiten los cánticos divinos inspirados por la alegría que embargaba al hombre en los albores de la historia moderna, al ver poblarse los mares de tierras aromadas y al sentir difundirse por sus venas la sávia exuberante de nueva vida, la cual, ingerta en nosotros, alejaba los

recuerdos de la primera culpa y desvanecía los temores al eterno castigo. Si cada edad posee una epopeya, tócanos á nosotros la epopeya humana por excelencia, la epopeya del trabajo. El libro de los españoles será siempre el Quijote, y el libro de los ingleses, el Robinson. Dos ingenios, desiguales en mérito, pero iguales en desdichas, los han escrito. El uno, como buen español, ha perdido su mano izquierda en las guerras religiosas, y el otro, como buen inglés, ha perdido su oreja derecha en las guerras políticas. Estudiante en Alcalá, sopista en Salamanca, doméstico de cardenales en Roma, soldado de tercios en Lombardía, héroe de esfuerzo en Lepanto, enfermo de gravedad en Mesina, combatiente en las costas de Africa y en las costas de Grecia, cautivo en las mazmorras de Argel, forzado en las galeras de Azan, oscuro vecino de Esquivias, proveedor en Sevilla, alcahalero en Granada, pretendiente en Valladolid, ha conocido su España, como Foe, periodista, mercader, industrial, aduanero, soldado de Monmouth, preso en Newgathe, empleado en Escocia, sa-



tórico, historiador, economista, presbiteriano, plebeyo, conspirador y conjurado, puesto en el rollo, herido del verdugo, conoce su Inglaterra. Sin duda, por tal conocimiento, el gran escritor español y el discreto escritor inglés nos han dado, cada cual con sus medios propios, sendos tipos de sus respectivas naciones. Recio de complexion, seco de carnes, enjuto de rostro, aguileño de nariz, largo de piernas, corto de génio, en su natural óptimo, en sus ensueños desatinado; el tipo español, es decir, el hidalgo de lanza en astillero, malbarataba hanegadas de sembradura por libros de caballería, dándose á leerlos en sus ratos de ócio, los más del año, por tan extraña manía que, frisando ya en los cincuenta, pareciale necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, limpiar de moho las arrinconadas armas, cojer á morrion simple celadas de papel, apercibir huesoso rocín, escoger por dama de sus pensamientos á fornida moza de vecino lugar; y blandiendo al aire su lanza, y embrazando al pecho su adarga, salir por la puerta

falsa de un corral tras aventuras que le procuráran ocasiones de enderezar entuertos., desfacer agravios, desencantar dueñas, reñir con follones y mandrines, hender gigantes, sin más deseo que grangearse fama eterna en renombradas historias, ni más fin que servir al desgraciado en continuas hazañas; para todo lo cual se llevó consigo por escudero á socarron labrador, de poca sal en la mollera y mucho apetito en el estómago, dispuesto á ganar en cualquier quitame allá esas pajas, alguna insu'a donde le dejasen de gobernador: retratos parecidísimos á esta nacion idealista, amiga de la guerra y enemiga del trabajo, enamorada de ideal ya extinguido en la conciencia humana, resuelta á resucitar la Edad Media en plena Edad Moderna, sufriendo toda suerte de desastres por sus empeños imposibles y sus combates fabulosos, á pesar de la fortaleza de su brazo y de la energia de su ánimo, sin ventura aunque merecedora de alcanzarla, cuyos caballeros tenían por descanso pelear, y cuyos campesinos, de mejor sentido y más sabedores y expertos en las artes de



la vida, solo esperaban su medra, eternos pretendientes, de la corte y del gobierno; bien al revés de aquel Robinson, sin ningún ingenio y sin brillante palabra, sin los ardores de nuestra fantasía meridional ni los tesoros de nuestra riquísima elocuencia, lector de un solo libro, la Biblia, ojeada tres veces al día; y que eterno navegante, como los sajones y los normandos sus abuelos, boga sin descanso y naufraga sin remedio, salvándose por sus virtudes hereditarias, por la fuerza de voluntad y acogiéndose solitario á isla desierta, donde, ayudado de su buen sentido y de su industria, contando solo consigo mismo, procurase todos los instrumentos necesarios á sujetar, como los exploradores de los Estados-Unidos, como los puritanos de la flor de Mayo, como los navegantes de todas las zonas, como los mercaderes de todas las factorías, los horrores del clima con los esfuerzos del albedrío; y de esta suerte, deja en facturas prosáicas, en estadísticas llenas de números, en mostradores atestados de cuentas, el tipo más propio de nuestra edad, el

los negros. Y al siglo de cruzadas así ¿le llamaréis siglo de escasa poesía?

Yo creo, por lo contrario, que en ningún tiempo la poesía lírica encontró acentos de tan subida entonación, como en ningún tiempo la libertad encontró cantores de tan vario estro. Al comenzar nuestra centuria, y con sus primeros años, la guerra por nuestra independencia; entre las ruinas de Zaragoza y de Gerona, entre las bombas clavadas en los muros de Cádiz, tintos en sangre nuestros rios, desolado por los incendios nuestro suelo; en aquella ocasión de sacrificios inmortales, que forjaron al fuego de la guerra nuevamente el alma nacional y le dieron, si cabe, más acerado temple, oyóse hervir la inspiración volcánica de Quintana, dando á la nativa energía nuestra más vigor, y haciendo con estoica firmeza un crimen de toda vacilación en la esperanza; ardor rayano de demencia en aquel instante, á no tratarse del valor en la guerra, del ánimo para la muerte, congénitos á nuestra heroica España. Al poco tiempo, el más melancólico de los poe-



tas italianos, Leopardi, vagando á la sombra de los muros caídos y los arcos rotos que el jaramago cubre con su sudario de amarillas flores y el buho entristece con sus quejidos de siniestros ecos, encontraba la lira heroica de Simónides, y le arrancaba estancias dignas de grabarse en los desfiladeros de las Termópilas y de resonar en las aguas de Salamina y en los campos de Marathon y de Platea. Y, en seguida, un patricio inglés, de complexión inquieta, de familia normanda, de voluntad zozobrosa, de fantasía relampagueante; coronado con las espinas de sus dudas, que le taladraban las sienas, y consumido en la antorcha de su inspiración, que le abrasaba las manos, despues de haber corrido vária y luictuosa suerte en tantas tormentas y en tantas pasiones, llegó, henchido el corazón de amor entonces feliz; vibrantes los labios de cánticos ya inmortales, á Grecia, en la exaltación de su estro y en la flor de su juventud, á pedir muerte á la inmortalidad hélélica y sepulcro á la cuna de los poetas y de los dioses. Y cuando torna-

ban nuestros desterrados del veintitres, la legion sublime que traia en las manos el Don Alvaro de Sevilla y en la mente el Don Félix de Salamanca, comenzaba su elegía en el destierro un poeta eslavo, hijo predilecto de la infeliz Polonia, y tan rendido amator de su patria, por opresa y desgraciada, que la veia retratarse en el extraño hogar, donde chisporroteaba el tronco de Noche Buena, sosteniendo con las lanzas de sus soldados la cúpula de S. Pedro vacilante al empuje de tantas heregías: vision traída de los celajes pátrios mirados por última vez con los ojos enrojecidos, que buscaban inútilmente los ángeles apocalípticos, apercebidos por la ira celeste al castigo de aquellos tiranos, cuyos esbirros hirieran los sacerdotes al pié de sus altares para anudar en la garganta el rezo de la humana aflicción á la divina misericordia, y arrancáran á las tumbas los huesos de cien generaciones para desarraigar hasta las últimas raíces con que á la tierra se une la vida de un gran pueblo. Y á su vez los opresores de Polonia engendraron poetas



y tuvieron que oprimirlos. Aquél, por cuyo ingenio vivirá eternamente la lengua moscovita, según el general sentir europeo, vino al mundo con fantasía creadora, y los primeros arpegios de su fantasía, en la alborada de la vida, sobre las nacientes ilusiones, cuando los ojos sólo descubren mariposas y los oídos sólo perciben melodías, los primeros arpegios, iba diciendo, de su fantasía, consagraronse á cantar la libertad. Mas este cántico le valió un destierro en sus mocedades; y este destierro una tristeza inextinguible en toda su existencia, la mitad de ella dedicada á plañer el dolor en la servidumbre, y la otra mitad á rastrear la poesía en la historia, la poesía en las tradiciones. Y agitado por las chispas eléctricas de sus inspiraciones; corrió desde la estepa al mar, desde el mar al Cáucaso, desde el Cáucaso al Danubio, y en todas partes, al par que respiraba el aire puro de las montañas y de los campos y de las ondas, recogía los gérmenes de una poética nacional, correspondiente á las tradiciones. Y su vida se arrastró recelosa entre esbirros y

se extinguió triste de un duelo. Y el mejor de sus poemas, *Oneguine*, canta el hastío; y la mejor de sus estrofas plañe un poeta joven que muere llevándose á la eternidad el misterio de su poesía. Mas, á pesar de todas estas contradicciones, si el despotismo le ha arrebatado sus derechos, nótese en todas sus obras que no ha perdido nunca el sentimiento de la libertad, revelado en cada una de sus estancias, como el ruiseñor cautivo, á quien los pastores de Thesalia arrancaban los ojos para que cantase más, ponía en todas sus notas y escalas el amor á los bosques habitados y á los horizontes recorridos en más felices días. Y si las soledades rusas manaban tanta poesía, imaginaos cuánto manarían las encinas germánicas. No hablemos, puesto que pertenece á la dramática, de aquella resurrección de la leyenda de Guillermo Tell, elevando sobre los lagos dormidos en sus copas de zafiro, y las nieves relumbrantes en sus cimas eternas, el cielo ideal de la libertad. Hablemos de los poetas líricos: Ulhand, que se gozaba en oír la esquila del ga-



nado tornando al aprisco y la cancion de la moza de cántaro recogiendo el agua en la fuente de su aldea; Ulhand, que seguía el primer vuelo de la matinal alondra y el rayo último de la nocturna estrella. á ver si podian alguna vez juntarse en los aires, truécase de pastor de égloga en soldado de epepeya, cuando la conquista despierta en su alma acongojada el amor á la pátria libre, y el amor á la pátria libre despierta en sus sentimientos vivísimos la aspiracion al humano derecho. Y Teodoro Koerner, afilando su espada en las piedras druidicas donde afilaron los sacrificadores el cuchillo para ofrecer víctimas á sus sangrientas divinidades corre á las batallas, en pos de una bala, que partiendo su pecho, redima su alma y enseñe á los suyos cómo se combate y se muere por la libertad y por la pátria. ¿Qué más? Hasta el poeta de la ironía y de la duda, á quien sus inspiraciones le daban como alas de ángel y sus cóleras como mareos de beodo; profeta bíblico en algunas estancias suyas, dignas de Jerusalem, y cómico aristofanesco

en algunas invectivas, propias del mercado; con las lágrimas de la elegía sublime en los párpados, convertidos á recoger la luz de lo infinito, y con el hedor de la orgía en los labios, abiertos para vomitar la blasfemia y la calumnia; semita con toda su solemnidad y francés con todas sus gracias; oscuro y sonador como un germano y claro y armonioso como un griego; aunque impio é irreverente quiera turbar la paz en todos los templos, desde aquellos del Egipto y Caldea, que tenian por vasos de oro los astros, hasta aquellos de góticas agujas, que se retratan en las aguas del Rhin y enseñan á orar por las melodías de sus órganos; aunque escéptico, burlon, indiferente, dado á colgar bajo las ojas de su corona de laurel ruidosos cascabeles; jugando con las ideas como un niño con las joyas frágiles, cuyo brillo mira, pero cuyo valor ignora, conserva siempre, allá en el fondo de su corazon, religioso culto á las dos ideas capitales del mundo moral, á la idea de Dios, y á la idea de la libertad; á manera de esos ángeles de la leyenda que, caídos de la gra-



cia y desterrados al abismo, llevan en la faz eternamente vagos reflejos de su pristina belleza. Y si de esta suerte canta Alemania, ¿cómo cantará la revolucionaria Francia? La voz de la libertad se une á tantas melodiosas voces como llenan el alma de aquel poeta, á quien permitió el cielo calmar con un acento de su voz las pasiones desbordadas de la muchedumbre; y el amor á la libertad abría el pecho de aquel otro poeta que parecía no amar sino los idolos de un día y no sentir sino la emocion de un momento en la rica variedad de sus asuntos y de sus formas. Pero el Titan de la nueva idea literaria; el que encerró en versículos semejantes á los versículos de Isaías el alma de su siglo, fué, ya lo habeis nombrado, Víctor Hugo. Nacido en Francia, pero educado en esta tierra de las antítesis y de la hipérbole, donde la nativa originalidad del ingenio se ha negado de antiguo, así á las reglas de lo artificioso como á las rutinas de lo convencional, llevóse consigo la savia del terruño español, en las venas, y en la frente el beso indeleble de nuestra luz

meridional; y creyendo que cada excelso ingenio representa todo un sistema planetario, y se dicta á sí mismo la ley como un Dios, lanzó grito de guerra contra la tradicion de las escuelas y contra el falso aristotelismo de la poesía. La revolucion francesa, que lograra destruir la monarquía de Versalles, dejó intacto el infalible, el inefable, el sacro gusto versallés, vencedor y dominador durante siglo y medio en las regiones de Europa. Y en aquellos jardines tallados por combinaciones geométricas, donde dioses contrahechos, pálidas sombras de una mitología muerta, se erguian y pavoneaban enfáticamente por todos los ángulos, entró Víctor Hugo con el recuerdo de que aún existian las selvas naturales y los campos feraces poblados de una viva poesía; y por aquellos salones, donde se aglomeraban los cortesanos encerrados en sus casacas y ceñidos con sus gigantescas pelucas empolvadas, deslizóse Víctor Hugo con el recuerdo de que no léjos de allí bramaban y rugian, como océano encrespado, los pueblos; y en el teatro, sujeto á las unidades, como



los jardines á la geometría y los cortesanos á la etiqueta, apareció Víctor Hugo con el recuerdo de que en las cimas de la gloria vivían revestidos de la inmortalidad Lope, Shakespeare, Calderon. los cuales no siguieron otros códigos que los cuasi divinos de su celeste inspiración; y con estos sencillos principios encerrados en versos fulgurantes, fundó la soberana libertad del ingenio y devolvió sus alas á la prisionera poesía. Pertenece, pues, á nuestro tiempo, con mayor derecho que á ningún otro tiempo, la lírica de la libertad.

No puede ocultárseme que achacan al siglo muchos de sus naturales enemigos falta de respeto á la Historia. Señores, ya que tratamos de los conceptos fundamentales. propios de esta edad, no olvidemos que si la idea de la naturaleza y la idea del Estado crecieron desmesuradamente en el espíritu moderno, creció en iguales proporciones también la idea de la Historia. Ningún tiempo conoció poeta que anime las ruinas, y evoque los muertos, y recoja las cenizas de los sepulcros, y reciba el pólen de las guirnal-

das funerarias, y hable con los fantasmas de los panteones, y muestre las torres y los adarbes dibujados en las indecisas nieblas de los recuerdos. como aquel en cuyo sér la poesía no es una profesión ó un arte, sino la vida toda entera, y que errante de pueblo en pueblo, á guisa de trovador en la Edad Media, y ostentando ante la uniforme sociedad nuestra el natural indócil de su complejidad, aviva toda nuestra historia; en la campiña de Toledo la tradición del Cristo de la Luz, y en las márgenes del Arlanza los torreones del castillo de Pampliega; en el corazón popular el más maldecido y el más amado de los reyes, D. Pedro el Cruel, y en la memoria popular el más extraño y el más copiado de nuestros tipos, Don Juan Tenorio; en las almas cristianas, el *Te-Deum*, cantado bajo los muros de Santa Fe por los ejércitos españoles, al ver brillar los rayos del sol naciente en las crestas de las Alpujarras por las argentadas líneas de la cruz erguida sobre las torres Bermejas, y en las almas de nuestros hermanos de Africa, el suspiro lanzado por el proscripto, al pié de las



palmeras solitarias en el oasis, y al eco del simoun resonante en el desierto, por cuyos celajes se ven fantaseadas las aljamas de Córdoba, la Giralda de Sevilla y la Alhambra de Granada, inspirando á la nostalgia del destierro y á las cuerdas de la guzla desgarradoras lamentaciones en profundas é inmortales elegías; que la voz del poeta es la voz de toda nuestra alma, y su inspiracion, la llama exhalada del centro de nuestra tierra. Las edades idóneas para las leyendas históricas son estas edades llamadas de transicion. Aunque el tiempo nunca se detenga en su eterno curso, cuenta la Historia siglos de transicion, ó si quereis, de renovacion, distintos de los siglos en que las instituciones se hallan mucho más seguras sobre sus antiguas bases, y las almas mucho más tranquilas sobre sus heredadas creencias. Por ejemplo, son siglos de transicion el primero en que pasamos de la república al imperio en Roma; y el quinto, en que pasamos del Imperio al mundo germánico dirigido por la teocracia romana; y el décimo, en que pasamos del feudalismo

mo primitivo, que podríamos llamar semi-teocrático, al feudalismo puramente militar, que podríamos llamar semi-monárquico; y el décimoquinto, en que pasamos del feudalismo militar á las monarquías absolutas; y el décimonono, abierto por la revolucion francesa, en que pasamos de las monarquías absolutas á las instituciones democráticas. Pues tienen estas edades recuerdos tan vivos de lo pasado, juntamente con seguridad tan completa de lo porvenir, que recogen por necesidad en tales afectos motivos bien varios para la poesía histórica. Siglo semejante á este siglo fuera el sexto, anterior á Jesucristo, que oyó pensar á Pitágoras, hablar á Xenophanes, cantar á Anacreonte, al mismo tiempo que la arquitectura se engalanaba con sus plintos y sus volutas en el suelo de Jonia; que la escultura dejaba su rigidez hierática para sujetarse á las proporciones del cuerpo humano, y que la monarquía se iba con Pisistrato para abrir paso al luminoso enjambre de las repúblicas griegas. Ninguna ciencia creciera en nuestros tiempos como la ciencia histórica.



La idea no puede abarcar la distancia existente entre el primer jeroglífico escrito en las paredes de los templos y nuestra filosofía de la Historia, en la cual se reconcentra el conocimiento científico que la humanidad alcanza de su vida en el tiempo. Tales jeroglíficos, interpretados ó no, aseméjense á esas estrellas cuya luz tarda tantos siglos en llegar á nuestros lentes, que se han extinguido quizá para siempre cuando las vemos inmóviles en el espacio. ¡Cuántas metamorfosis, la Historia! Anales de las estaciones y de los fenómenos celestes un tiempo; libros teogónicos más tarde, cuando sólo se refería la vida de los dioses personificados en las alimañas de las selvas; cronología descarnada de los muertos en la tierra de los panteones y de los sepulcros; cántico transmitido por los cantores errantes en los oídos de las generaciones ó escena cincelada por los primeros artífices en los escudos de los héroes; tablas de viajes marítimos suspendidas por Sanchioniathon de las capillas donde habitaban las divinidades del comercio; mezcla de mitología y de

tradición en los logógrafos de las islas griegas, como mezcla de crónica y de teología y de conseja en las obras de los profetas hebreos: poética en Herodoto, política en Tucidydes, moral en Xenophonte, filosófica en Platon y Aristóteles, crítica en Evehemero, pragmática en Polibio, ecléctica en Alejandria, donde así se deletrean los jeroglíficos egipcios como se traducen los libros santos; romana en aquella Roma que se llamaba el universo de las naciones; universal en Trogo Pompeyo y en Diodoro Sículo, cual una reacción del espíritu humano ya próximo á la conciencia de sí contra el predominio de Roma; triste y decadente en la narración llamada augusta, que historiendo la tiranía, anuncia la muerte del mundo antiguo, como la sátira anuncia la muerte del arte clásico; esperanzada, rejuvenecida, progresiva en los primeros escritores cristianos, enlazándose por el recuerdo con la ciudad sacerdotal del Padre, con Jerusalem, y por la esperanza con la ciudad mística del Hijo, con la gloria; rota en mil pedazos, al dividirse el mundo romano en oriental y occiden-



tal, y venir sobre esta division los bárbaros, con lo cual toma tres aspectos: bizantino y cortesano en Procopio, teológico y enciclopédico en Teodoro, bárbaro en Jornandez; artificiosa y retórica en los eruditos de Oriente; dura y seca en los cronistas de Occidente; nacional con Froissard, con el arzobispo Rada, con el rey D. Alfonso X, por los siglos en que las naciones modernas comienzan á dibujarse bajo la sombra de las monarquías históricas; griega en los filósofos del Renacimiento; observadora profundísima del corazón humano y de la humana sociedad, en Maquiavelo; naturalista, en nuestros escritores de Indias, como Oviedo; clásica en Hurtado y en el P. Mariana; social desde la segunda mitad del siglo décimoséptimo hasta la primera mitad del siglo décimoctavo, ya esplique las leyes de la Providencia con Bossuet, ya las edades de la humanidad con Vico, ya las instituciones con Montesquieu, ya el derecho internacional con Grotio; eminentemente crítica en el siglo décimo octavo y eminentemente filosófica en nuestro siglo, ha crecido, si cabia

que creciera, á nuestros mismos ojos, juntando el principio de la unidad de Dios con el principio de la unidad del hombre; la ley de la realidad lógica en los hechos con el dogma moral de la libertad en los individuos; la creencia que nos inspira la fisiología en nuestro parentesco estrechísimo con todo el Universo, y la creencia que nos inspira la fisiología en nuestra redencion gradual con los redimidos y por medio de los redentores; todo lo cual ha dado á la Historia, engrandecida é iluminada, las proporciones y los córtes de una maravillosísima epopeya. Recordaráme algun malicioso que el siglo, estimado por tan progresivo, se inclina hoy á la idea pesimista con tanta fuerza como á las ideas optimistas se inclinaba hace poco. Levántanse, en efecto, no diré escuelas filosóficas, sino genialidades atrabiliarias, que en la tierra ven una sucesion de generaciones sacrificadas, en el amor un equivalente de la muerte, en la cuna el gérmen de todas las penas, en la vida el continuo suceder de todos los dolores, en el Estado una fuerza opresora, en la



sociedad un carnaval perpétuo, en el comercio y las relaciones sociales una cacería sin término y una batalla sin tregua, en las ilusiones engaños, y desengaños en las esperanzas; por los horizontes del arte, neblinas recamadas de ópalo y grana que sólo llueven los oropeles de la mentira; por las cimas de la ciencia, espirales de sofismas que sólo persuaden á la duda; en el sistema solar y sus planetas, otros tantos purgatorios donde arden almas en pena sin más porvenir que el sueño eterno; en la naturaleza, toda una aglomeracion de celadas, un cúmulo de engaños, el hambre por incentivo, la envidia y el odio por necesidad, la guerra por ley; siempre la misma tragedia para todos con el mismo desenlace de una última enfermedad, resuelta en una podredumbre horrible; siempre la misma suerte: el no ser alcanzado por el suicidio universal de la humanidad, tristemente hastiada y convencida de que el espacio es vacío, y lo único eterno y cierto el perdurable silencio en los pavorosos abismos de la nada. Creo tales ideas desviaciones de la órbita que re-

corre nuestro tiempo. Júzgalas alarde de mal humor pasajero, más bien que expresión de convencimiento profundo. Pásale al espíritu humano como al espíritu individual: todos estos arranques nacen de un minuto y mueren pronto en el conjunto de los seres y de las cosas. Sucede con esta filosofía de la desesperacion lo mismo que sucede con el arte realista: no pasa de accidente. Toda filosofía verdadera resulta, al fin y al cabo, idealista, como todo arte se resuelve en ideal. Tras las nubes el cielo azul, y bajo los oleajes el mar sereno. Tras los sofismas de un día, las verdades eternas. De los sofistas nació Sócrates, y con Sócrates la conciencia anterior y superior al Estado; tras los pesimistas veréis con mayor claridad el albedrío, que busca voluntariamente la más alta moral aguijoneado por la conciencia libre, y el universo material realizando el bien por necesidad, en obediencia á su legislador y en cumplimiento de sus leyes. Entre nosotros tenemos sentado el poeta célebre, que personifica con mayores títulos todas las tendencias pesimistas posibles en esta sociedad nues-



tra, espiritualista y creyente. Dará á su poesía por nombre un neologismo tal como Dolora; deslumbrará los entendimientos con los vistosos juegos de su ingenio soberano, tan admirable por la novedad y la riqueza de las ideas como por la correccion y hermosura de las frases; verá cada hecho de la vida, y hasta cada fenómeno de la naturaleza, como si espíritu y materia dependieran de su voluntad y se juntáran ó desunieran al conjuro de su albedrío; reirá y llorará, según que le hierva la sangre de su corazón en las venas ó le amargue el paladar la hiel de su hígado; pero entre tantas innumerables voluntariedades, de su musa independiente, veréis cómo conserva siempre el resplandor de su conciencia, y en la conciencia la virtud de una idealidad inextinguible. Griten cuanto quieran los desesperados, la corriente de los progresos continuos les arrastrará. Como la sábia Química de hoy fué Alquimia, y la sábia Astronomía Astrología, nuestro cuerpo estuvo en el limbo de la tierra y nuestra alma en el limbo de la barbarie. Hemos vivido en las ca-

vernas lacustres como el mastodonte, y hemos clavado el puñal de piedra en las entrañas de las víctimas para ofrecer ese holocausto á nuestros dioses antropófagos. Y aquí de la leyenda tan sabida en Alemania. Allá en nuestra madriguera, digna de las aves nocturnas, entró la tea de Prometeo, encendida por la chispa que arrancaba el hierro al pedernal, y la creímos el resplandor y el fuego de la vida, y deseamos poseerla y mirarla eternamente. Y una noche salimos de nuestras cavernas, y á través de la viciosa vegetación columbramos la luna, y creyéndola el lumínar por excelencia, pedimos que nos dejáran vivir y morir en el éxtasis de una eterna contemplación. Y tras la luna vino el sol, y tras el sol la conciencia, y tras la conciencia la idea, y tras la idea lo ideal: que los minerales quieren ser árboles, y los árboles flores, y las flores aves, y las aves cánticos, y los cánticos poesía, y la poesía tipo, y el tipo arquetipo; y desde la ola del Océano hasta el látido del corazón; desde la abeja, zumbando sobre el cáliz rebosante de miel hasta el arpa des-



pidiendo la nota lanzada á la inmortalidad, todo lo creado busca el origen de su creacion, y con átomos, chispas, esencias, aromas, gorjeos, alas, vuelos, inspiraciones, cánticos, plegarias, incienso, todas las criaturas suspiran por unirse con el eterno amor.

Quien desconozca esta aspiracion universal jamás entrará en el templo henchido de misterios y poblado de oráculos, que inefable para la humana lengua, por denominarse con alguna denominacion, aunque sea imperfecta, se denomina arte. El espíritu en la naturaleza sufre algo de la fatalidad que en la naturaleza reina. El espíritu en la sociedad, en el Estado, aunque más libre, se halla cohibido por leyes coercitivas, por las leyes sociales, en las que hay tambien una parte considerable de necesidad. La region luminosa de la libertad empieza en el arte. Esta esfera de nuestra vida espiritual se distingue de las otras esferas en que lleva en sí misma sus leyes y su fin propio. El arte puro no tiene ninguna utilidad, y en esto consiste principalmente su grandeza. El arte, por no

obedecer á ninguna ley extraña á él, ni siquiera obedece á las leyes morales; y por no tener ninguna finalidad á él ajena ¡ah! ni siquiera tiene por fin el bien. Lo produce: pero sin voluntad de intentarlo. Ha cumplido toda su esencia cuando ha realizado la hermosura. No se propone lo primero que consigue: despertar puras emociones y desinteresada contemplacion. Produce por producir, crea por crear, canta por la necesidad de cantar. ¿Qué le vá, señores, á esa ave celestial, en regalar ó no los oidos, allá por el bosque de ilusiones, donde resuenan sus endechas y habitan sus amores? Pues bien, la idea del arte, como la idea de la naturaleza, como la idea del Estado, como la idea de la historia, tambien ha crecido en nuestros dias. Así como hemos producido la ciencia geológica que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del planeta, hemos producido la ciencia estética, que ha aumentado nuestros conocimientos en la vida y en la historia del arte. Y cuenta que ninguna de las ideas fundamentales cambia tanto, ni la idea cósmi-



ca, ni la idea política, ni la idea religiosa, como la idea artística. Los primeros cristianos veían la sonrisa del demonio en los labios de las estatuas griegas. Algunos, entre los padres de la Iglesia, aconsejaban á los artifices que pintasen y esculpiesen feo á Cristo, por ser la hermosura cosa profana y hasta diabólica. En la tierra donde brotaron los dioses del arte se extendió, al mediar nuestra era, la secta de los iconoclastas, que destruía los simulacros y borraba las efigies. Dos religiones, de las que más han cooperado á la educacion del género humano, prohibían reproducir ni copiar los seres animados, porque toca en irreverencia dar aspecto de vida á figuras incapacitadas de alcanzar la vida toda entera. Los recuerdos clásicos tienen tal omnipotencia en Italia, que ninguno de los artistas del Renacimiento comprendió la belleza del gótico. Y los artistas de la Edad Media no comprendieron, hasta que el Renacimiento se avecinaba, la correccion y la armonía de las órdenes griegas. El autor de las empresas políticas maldecía del Dante, y el autor del

Cándido llamaba á Shakespeare deforme y bárbaro. Un crítico del siglo pasado, como por ejemplo, Moratin, ó de principios de este siglo, como por ejemplo, Sismondi, encontrará monstruosos y hasta repugnantes los más sublimes dramas del teatro español. Y un combatiente romántico, demagogo de la revolucion literaria del año treinta, verá en las tragedias griegas, talladas por Esquilo y Sófoles, frias estatuas de yeso. El poeta admirador de la antigüedad pasará por el poético Asis de Umbria, y visitará un templo imperial de la decadencia romana, desdeñando el monasterio de San Francisco, impregnado de tantas y tan místicas oraciones. Y á pocos pasos de allí, por el crucero de la Porciúncula, artista empeñado en la resurreccion de la Edad Media, trazará un fresco en que reproduce adrede la incorreccion del dibujo propio de los primeros pintores monásticos; sólo por amor á la arqueología de un tiempo ya extinguido. Nuestro gusto huye de estas sectas intolerantes y condena á estos artistas exclusivos. Nosotros somos en arte, como en historia,



mucho más universales y humanos. Como padecemos con todos los oprimidos, y admiramos á todos los redentores, tenemos el culto de todas las artes, y por dioses á todos cuantos han hecho bajar del cielo sobre el hombre los resplandores de la hermosura perfecta. No desdeñamos el poema indico, en que rezan las selvas llenas de poesía panteista; ni el apólogo persa, en que dialogan el rui-señor y la rosa á la sombra del ajimez y al amor de la luna reflejada en las aguas del Eufrates. Seguimos el viaje de los Argonautas al través de las ondas del Mediterráneo, y la peregrinacion de los israelitas al través de las arenas del desierto. Cantamos en el coro que celebra, á la voz de Simónides, la rota de los Daríos y los Ciro, y en el coro que alaba al eterno, á la voz de Moisés, en la tierra del Asia y á la vista del Sinaí, por el castigo de los soberbios Faraones. Vamos de puerta en puerta, como el Edipo coloneo apoyado en Antígona, preguntando á los vivos por la causa de nuestro pecado original; y de tumba en tumba, como el Hamlet danes, que acaba de

maldecir á Ofelia, preguntando á los muertos por los enigmas de nuestros eternos y silenciosos destinos. Sentimos en nuestras manos el peso de las cadenas, y en nuestros hígados el picotazo de los buitres que atormentaban allá en el Cáucaso al Titan de Esquilo, y en nuestra alma el dolor de la servidumbre y la envidia por la libertad del ave, del pez, del arroyo, del bruto, que en la España de los embrujados y de los inquisidores sentia el Seguismundo de Calderon. Buscamos por Judea el sepulcro de la hija de Jephthé, por Grecia el sepulcro de la sacrificada Ifigenia, por Verona el sepulcro de la pobre Julieta, llorando con todas las infelices en todos los tiempos las desgracias del amor. Asistimos en espíritu á los juegos pithicos para beber en copa cincelada por Praxitéles agua de Castalia y oír bajo las ramas del laurel de Apolo versos de Pindaro y páginas de Herodoto, miéntras los atletas vencedores reciben sus coronas, y las vírgenes griegas trenzan sus danzas religiosas en el intercolumnio de templo tan armonioso como una oda y en pre-



sencia del Dios tan sereno como los horizontes de Grecia. Y luégo, á guisa de los pobres penitentes de *La Fuerza del sino*, vamos al yermo cubiertos del sayal, ceñidos del cilicio, á enterrar en la soledad un corazon desgarrado, á macerar en la penitencia un cuerpo dolorido; y nos abrazamos á la cruz de piedra que indica la entrada en los retiros del Señor; y nos conmovemos al eco de la campana, que así convoca á los vivos como plañe á los muertos; y acudimos á la sombra de las torres y de la ojiva y del ciprés, y como las cigüeñas, fabricamos en las agujas de las capillas ó en las linternas de los panteones nidos de abrojos para nuestra alma desengañada; y oyendo y entonando el *Miserere* de todas las penitencias, cavamos con el hazadon nuestra sepultura, no tanto para tener un hoyo en la tierra, como para recordar á las fuerzas devastadoras de la naturaleza que todavía existimos, y para pedir al ángel de la muerte que disperse con sus alas nuestro cuerpo, como un monton de cenizas, y nos deje en suelo cubierto por la hierba de los campos y hu-

medecido por el rocío de los cielos aguardar en el sueño eterno la misericordia divina que se apiade de nosotros y perdone nuestros errores y nuestras culpas en la hora apocalíptica del último juicio. Sí, pertenecemos á todas las artes y á todas las literaturas, con tal que broten de una fe sincera, de una inspiracion sencilla é ingenua, y no representen restauraciones literarias, ideadas con fines interesados y políticos, ajenos á la pura inspiracion del arte. Somos como aquellos artistas del Renacimiento que entre los precursores de Cristo ponian á San Juan y á Virgilio; entre los doctores, á Platon ceñido de aureola tan sagrada como la aureola de San Agustin ó San Jerónimo; entre los patriarcas dormidos en el seno de Abraham, á los antiguos moralistas; bajo el ara donde se celebraban los incruentos sacrificios de nuestra religion, los bajos relieves donde se veian la ninfa y el fauno ebrios con la embriaguez de una vida exuberante; junto á la hermenéutica evangélica, el mito de Psíquis encerrando como una alegoría de la inmortalidad del alma; y por las bóvedas de



la capilla Sixtina y por los altares de Santa María de la Pace los oráculos de Delfos, representados por las sibilas, y las profecias del Jordan y del Eufrates, representadas por los profetas, como para decir que el océano de nuestra vida espiritual se formó con los cuatro rios de ideas que fluyen de Jerusalem, de Aténas, de Roma y de Alejandría. Hace pocos meses visitaba yo la catedral de Búrgos, y estudiando su coro, encontréme en la misma silla arzobispal, bajo un relieve que representaba mística escena, otro relieve que representaba el robo de Europa por Jupiter convertido en toro, y parecióme descubrir toda la historia del Renacimiento. Igual universalidad tiene nuestro arte. No excluimos, por ejemplo, en arquitectura el gótico, cual los clásicos franceses del siglo pasado, ni el griego, cual los románticos alemanes del siglo corriente. Admiramos todas las arquitecturas admirables. Y como decia el eterno oráculo del idealismo, en este sentimiento de admiracion creemos tener el principio de nuestra ciencia. Llevad á un hombre de otro siglo á estos tres si-

tios: á las ruinas de Poesthum, á la Alhambra de Granada, á la catedral de Toledo, que representan el mundo oriental, el mundo griego, el mundo cristiano, y desconocerá completamente alguna de estas tres maravillas. Nosotros por lo contrario, las sentimos y las comprendemos todas. Aun recuerdo la tarde en que yo ví las ruinas de Poesthum. Acababa de recorrer desde el cabo Miseno al cabo Minerva, y acababa de contemplar el Vesubio humeando en medio de la campiña partenopea, con su cintura de ciudades bulliciosas y de ruinas yertas; las islas griegas engarzadas en espumas y ceñidas de templos; los escollos cubiertos de arboles donde todavía habita Circe, y el mar donde todavía cantan las sirenas; y creí que no era dado ni á la naturaleza ni á la historia ofrecer más hermosos cuadros. Pero no contaba con el sublime cementerio, donde yace insepulta la antigua ciudad griega. La bahía de Salerno se ostenta á los ojos; en el lejano horizonte las montañas de los Abruzos elevan sus crestas y sus cúspides tachonadas de nieve; por todos



aquellos campos, donde crecieron las rosas que el romano deshojaba en sus orgías y el poeta celebraba en sus versos, la soledad y el silencio; bosques de helechos nutridos por aguas pantanosas exhalan fiebres mortales; vapores mefíticos, condensados de maneras diversas, extienden por aquel luminoso cielo nubecillas de colores tan rojos, que las tomariais por evaporaciones de sangre; en el campo desierto algun búfalo, y en el aire silencioso, algun cuervo; entre pilastras rotas, zócalos deshechos, plintos caidos, el severo templo de Neptuno con sus columnas dóricas y su fronton triangular, empapado todo él en tales rosaces matices, que parece hecho con rayos de la aurora; y al través de sus intercolumnios, tras las plantas verdosas y las arenas áureas, el mar azul, cuyas olas se quejan blandamente como si lloráran en lamentaciones sin fin la ruina de la ciudad helénica y la muerte de los marinos dioses. Pasad de estas ruinas silenciosas á la abandonada Alhambra, y veréis cuán diversa, pero tambien, si es permitido hablar de esta suerte, cuán hermosa her-

mosura. En el patio de mármol, la alberca de cristal; junto á las grecas de mirtos y arrayanes los surtidores de bullidoras aguas sombreados por los aleros de alerce y de marfil; en las paredes, los azulejos de metálica porcelana, los alicatados de oro y ópalo y de azul y plata; el alhamí provocando á los sueños de la sensualidad con sus celosias; el ajimez conteniendo los misterios de voluptuoso amor; en las galerías, las columnas airovas sustentando los arcos adornados de ligeras alharacas, que parecen mecerse al soplo de las auras embalsamadas de azahar; tras el mirador, los naranjales enlazados con las palmas, y los jazmines con las adelfas; en las techumbres, las estalactitas de mil colores, cuyas agujas se idealizan al través de las humaredas de los pebeteros; en el fresco y sombrío baño, las estrellas abiertas por la bóveda, y la música exhalada del alto camarín; y en todas partes la luz con que juegan las nieves de los picachos de Muley-Hacen y las lavas de las crestas de Sierra Elvira; los romances que comunican á los aires del Darro y el Genil



las continuas zambras de una ciudad, en que los combates son juegos, las vegas torneos, la vida placeres, y la muerte misma una sensual é inextinguible alegría. Volad desde el jardin de los árabes á la catedral de Toledo en alas del pensamiento, y de una ojeada abraza-réis toda nuestra historia. El consistorio enfrente, para que la iglesia bendiga la libertad; el mercado al término de las colosales paredes de la izquierda, para que á la sombra de la iglesia se cobijen los contratos; la posada de las Hermandades tras el ábside, á fin de que á la iglesia miren los soldados en sus salidas y entradas; las viviendas de los nobles por las calles vecinas, con sus emblemas y escudos, pidiendo como de rodillas á la iglesia que consagre sus tradiciones y salve sus privilegios; ante todo el monumento, la torre, guiando con sus agujas, que hienden los espacios, al viajero, y conmoviendo con sus campanas, que se oyen de muchas leguas, á los fieles, como un faro espiritual que luciese y hablase al mismo tiempo; desde la puerta de la Feria á la puerta de los Leones,

pasando por la portada mayor, tres siglos que veis en las primeras esculturas, apenas salidas de su pesado condal bizantino, y en las últimas vencedoras de la rigidez antigua entre las armonías del Renacimiento: por los suelos, bajo el pavimento de mármoles, el pavimento de huesos que han formado tantas generaciones; por las paredes y en las capillas, sobre los sepulcros, á la sombra de los doseletes, los reyes y los próceres, cuyas efigies recuerdan nuestras grandezas y nuestros dolores, desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota; desde los campos de Calatañazor hasta los campos de Montiel; desde la nube de gloria en que va envuelto el cardenal Mendoza, que se alzó entre el término de la guerra de siete siglos y el nacimiento y comienzo del Nuevo Mundo, hasta la nube de ignominia en que va envuelto el triste favorito descabezado en el patíbulo de Valladolid; por las cinco naves, todos los cambiantes de la luz apropiados á todos los deliquios de la religion, así las tinieblas donde oculta sus remordimien-



tos la penitencia, como los iris en que tiñe sus alas de mariposa la esperanza; en los arcos, la ojiva con sus líneas curvas, que buscan un punto á la manera que buscan las tortuosidades de nuestra vida la unidad absoluta, y tras los arcos, los rosetones góticos, de cuyos vidrios brotan, como de rosas místicas, ángeles batiendo sus alas de colores, y caen reflejos de mil matices entonando el oro de los altares y la llama de los cirios; en el coro, las dos legiones de estátuas cinceladas en competencia por Felipe Borgoñes y Alonso Berruguete, como escapadas de los templos paganos á rendir homenaje á la universalidad religiosa del templo católico; en la capilla mayor, los arzobispos que duermen y los arcángeles que velan, los doctores que leen sus libros de piedra, y los mártires que agitan sus palmas de combate, las vírgenes coronadas de estrellas que os miran sobre nubes etéreas, y los bienaventurados que repiten eternas letanías; los pajes que custodian las sepulturas, y los serafines que entonan un *Te Deum* inextinguible con voces angé-

licas; en este lado, el bautizo; en otro, el matrimonio; más léjos, el entierro; por aquí, los peregrinos religiosos de rodillas; por allí, los peregrinos artistas extáticos; en los días de solemnidad, el pueblo que ya reza ó ya canta la salmodia de los sacerdotes mozárabes, estrellándose en los alicatados de los alarifes mudejares; las procesiones del cabildo en que lucen las capas pluviales con los reliquiarios de pedrería, y al eco del órgano, entre las nubes del incienso, acompañadas por los salmos, sobre la graduría cubierta de brocados, al pié del retablo lleno de figuras místicas, que parecen personificaciones várias de la oración, la misa, que así como transforma el pan ázimo en sér divino por las palabras sacramentales de la consagración, transforma en ideas las piedras, por donde las almas suben, como por invisible escala, sacudiendo el polvo de la tierra y los dolores de un día, á saciar en la fuente de vida, en que beben su luz los mundos, la sed inextinguible de la eterna verdad y del infinito amor. ¡Feliz edad la nuestra, que nos consiente



comprender en toda su exactitud y sentir en toda su hermosura las obras artísticas de todos los siglos y de todas las generaciones! Feliz edad, que ha llegado á tan sublime poesía!

Al espíritu no le basta con el arte, y subiendo en la escala mística suspensa entre lo finito y lo infinito, llega necesariamente á la religion. Vivimos la vida material en la naturaleza, y otra vida superior en la sociedad, que abraza la familia y el Estado. En el arte predomina la sensibilidad, en la religion la fé, en la ciencia el pensamiento. Y como al principio de esta serie de ascensiones se encuentra la más grosera materia, se encuentra al término la más pura idealidad. Yo declaro, pues, que así como creo superior el concepto de la naturaleza, y del Estado, y del arte en nuestro tiempo, al concepto que tenían los siglos anteriores, creo superior también el concepto de la religion. Por temerarias tomarán muchos estas afirmaciones mías, tratándose de una edad que ha visto surgir sistema, seguido de muchas gentes, en el cual se prescinde por completo

de la religion como de cosa innecesaria y baladí. Mas yo os pregunto: ¿creéis privativa del siglo nuestro esta enfermedad del ateísmo? ¿Creéis que no la han sentido y no la han pasado muchos hombres superiores en otros siglos también? No es la centuria corriente la única que haya tenido entendimientos extraviados hasta el extremo de querer arrancar al cerebro el espíritu, y al cielo Dios. Desde los albores de la ciencia hasta nuestros días el materialismo ha existido, como desde los albores de la primera mañana del mundo hasta nuestros días han existido las sombras. No está en nuestras manos la extirpación del error, ni la extirpación del mal, porque ambos á dos son congénitos á la naturaleza humana. Pero consolémonos pensando que también radican en nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser, las incontrastables aspiraciones religiosas. La idealidad, que no vemos sino con los ojos del alma, es tan verdadera como la realidad misma. Mientras exista en el cielo y en la tierra un misterio impenetrable que ningún entendimiento puede descifrar; mientras



nuestro corazón sienta amor inextinguible que ninguna pasión puede satisfacer; mientras pugne en el artista la idea con la expresión, y lo inconmensurable del pensamiento con la fragilidad y estrechez de la forma; mientras en pos de cada deseo cumplido surja otro deseo mayor, y tras cada grado de la vida se eleve un «más allá» inevitable, y tras cada revelación de la ciencia, en que creamos tocar las cimas de la idea, otra cima todavía más alta, perdida en lo inmenso; mientras nos aquejen aspiraciones sin realización posible aquí en la tierra, ensueños sin objeto conocido, esperanzas insaciables, alzándose sobre todos los misterios la muerte, pertinaz en llevarse las generaciones sin devolvérselas jamás, y muda á las interrogaciones que entre lágrimas y sollozos le dirigimos al desaparecer los seres amados; mientras existan todas estas batallas en el mundo y todas estas contradicciones en el entendimiento, á través del dolor, columbraremos otra vida espiritual, á la que solamente llegará el alma, despojada de sus vestiduras terrenales, ciñéndose las

dos alas místicas de la oración y de la fe. El sentimiento religioso existe en nuestra generación como existe en todas las generaciones. Pero lo que puede llamarse característico á nuestro tiempo, y propio del espíritu moderno, es la ciencia y la filosofía de la religión.

La Historia moderna encuentra el alma de los pueblos en sus creencias religiosas. Así no hubo edad tan escudriñadora de los misterios encerrados en el mundo teológico por excelencia, en el Oriente, como nuestra edad, tachada de escéptica por oscuras supersticiones, que quieren á toda costa denostarlas. Fatigarían la memoria los nombres de los sábios que han estudiado la religión mecánica del pueblo chino; que han descrito la trinidad india y la divinización del mundo en aquellos poemas de la luz; que han mostrado cómo Budha extendió su doctrina, puramente moral, por pueblos innumerables; que han visto el primer asomo de la libertad en el dualismo persa, y el primer borrador de la persona inmortal en la momia egipcia; que han hallado en los mitos sirios de



la consuncion del Fénix en la propia vida, y de la muerte de Adonis las primeras apoteosis del dolor; que han desenterrado las moles sumidas en las calcinadas arenas del desierto, arrancando á los jeroglíficos el enigma de sus ideas y recogiendo el aroma de las primeras oraciones inspiradas por la religion de la naturaleza á las almas, aleteando, como avechillas en su nido, allá en las primeras edades de la Historia y en las primeras auroras del espíritu. Así como la filosofía de la Historia es una de las ciencias propias de nuestro tiempo, lo es tambien la filosofía de la Religion. ¡Qué enlace tan misterioso han hallado los filósofos entre las formas del lenguaje y las formas de las creencias! ¡Qué horizontes ha abierto á la Historia moderna la entrada de nuestro espíritu investigador en las pagodas indias! ¡Qué enjambre de ideas ha levantado la revelacion científica del secreto encerrado en los jeroglíficos egipcios! ¡Qué diferencia entre la sonrisa escéptica de los enciclopedistas delante de todos los dioses, y nuestro recogimiento religioso en la

contemplacion de esos templos que guardan el primero y el último suspiro de tantas generaciones, y que flotan, como naves místicas llenas de esperanzas, en el eterno diluvio de nuestras lágrimas! La nuevas ideas etnológicas sobre las razas arias y las razas semíticas; las nuevas ideas filológicas sobre la série de las lenguas; las nuevas ideas históricas sobre el crecimiento de la conciencia humana en los dogmas, se parecen hoy á larvas, prontas á tomar alas, en cuanto las anime el calor de una primavera poética; que la inspiracion tiene sus estaciones como la naturaleza. Nos bañamos en rios de ideas nuevas cuando Anquetil nos trajo el Zend-Avesta, y Sacy los mitos de Siria, y Champolion el enigma de las inscripciones egipcias, que al comienzo de nuestra era contaban ya sesenta siglos de antigüedad, y Bournouf los primeros rudimentos de las gramáticas arias, y Grim la relacion entre las lenguas modernas y las primitivas lenguas asiáticas, y Max Müller las Vedas y las últimas revelaciones del sanscrito, en las cuales vimos vaciarse, como en su molde propio,



desde el griego y el latín hasta nuestras modernas lenguas europeas. No conozco poema comparable al construido por la historia de las religiones, tal como la comprenden los modernos. En esos altares derruidos que pueblan las riberas del Mediterráneo; en esos templos de la muerte, donde Isis, se envuelve en su velo sembrado de estrellas de oro; en esos colosos que sacan sus frentes, como náufragos, entre las ondas de arena; en esas esfinges que las palmeras sombrean y las ruinas sustentan; en todos esos dioses dispersos por el planeta hemos leído las esperanzas, las aspiraciones, las plegarias, los deliquios que ha exhalado el género humano para llenar la inmensa distancia existente entre lo finito y lo infinito con coros de aspiraciones resplandecientes, cuya luz destella místicas y consoladoras ideas. Sobre todo, la religión pagana, la religión heleno-latina, encontró en nuestro siglo intérpretes que casi la revelaron de nuevo á la humanidad. Las polémicas entre Kreuser y Müller tuvieron tal ardor, que se dirían empeñadas por dogmas adorados y vivientes,

Ellos nos revelaron las edades del paganismo: la primitiva y sencilla, en los dioses cabires; la sacerdotal, en Orfeo; la teocracia, en la aparición y difusión del mito de Apolo, venido de Oriente; la primera tendencia antropomórfica en el mito de Baco, que se asemeja á nuestras primeras herejías en la Edad Media; el antropomorfismo puro en Homero, cuyo poema traza la protesta de la libertad heroica contra la antigua teogonía jerárquica y sacerdotal; la descomposición de todos los dogmas en el análisis de la ciencia filosófica, el cual se extiende desde el primer poema de Xenophanes hasta el último libro de Séneca; la filosofía positivista en Evehemero; la reacción en la escuela alejandrina y neo-pagana, que admite la Trinidad y el Verbo, pareciéndose así las doctrinas antiguas á las doctrinas cristianas en esta última transformación, como los grandes ríos al mar en su desembocadura y en su desagüe. Tal conocimiento de la antigüedad ha conseguido que los dioses paganos aparezcan en la literatura contemporánea, no á la manera del pasado siglo en



la escuela clásica, como símbolos é imágenes de ideas universalmente conocidas, sino vivos y regocijados, cual si todavía creyeran las gentes en su divinidad y la adoráran á una en los mármóreos templos. Si los primeros poetas griegos, los más religiosos, aquellos que al són de sus cítaras elevaban, no tanto canciones como plegarias, volvieran á la tierra y conocieran al mayor poeta alemán después de Goethe, creerian que los dioses acababan de morir ahora mismo, al oírle quejarse de que el oráculo no hable ni en las encinas de Dodona, ni en las laureles de Delfos; dolerse de que el Zeus Olímpico no truene en el Parthenon, ni la sábia Athene sonria bajo los olivos de Atica; preguntar por qué los caramillos de los faunos ebrios no resuenan en las majadas y oteros, y los cuerpos de las sirenas griegas no palpitan turgentes en las ondas, y la voz de las Circes mágicas no se exhala seductora de los escollos sonoros, y el verde Glauco ceñido de algas no nada de juvenil en el mar tranquilo, y la Bacante con su tirso de oro en la mano, su piel de tigre á la espalda,

su corona de pámpanos en las sienes, no anima las vendimias; y en el Tirreno, y en el Adriático, y en el Egeo se oye una voz plañidera anunciando la muerte del dios Pan, y con ella la extinción de la vida en el seno de la naturaleza, y la extinción de la serenidad y de la armonía en los cielos del arte. Esta armonía se ha roto, porque el espíritu humano se ha agrandado desmedidamente, porque ha bebido la inmortalidad en la copa donde bebió Sócrates la muerte, y ha visto á Dios en la cruz, en el patíbulo de los esclavos, donde murió el Redentor de los hombres. La obra principal del cristianismo fué separar la conciencia del Estado; sostener que la religion debe ser creída y observada por los mandatos espirituales de Dios, y no por las fuerzas coercitivas del poder público. Tal sentido tiene la palabra de Cristo: Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. La teocracia y la autocracia quedaron muertas de un golpe. Toda coacción ejercida sobre la conciencia fué desde entónces un crimen contra la humanidad y un desacato al



Eterno. Los circos se poblaron de mártires, que dejaban su vida entre las garras de las fieras. por no dejar su conciencia bajo la autoridad de los magistrados. Frente á frente de la religion del Estado se elevó la religion del espíritu. Y pasó á ser axiomático que la fe religiosa debe provenir de lo íntimo de la conciencia y no de la externa autoridad pública. Pero como las ideas caminan tan lentamente en la vida real, así como el principio filosófico de la conciencia libre, por Sócrates predicado, no pasó al sentido general religioso sino merced á Cristo, el principio predicado por Cristo no pasa á las leyes generales de la sociedad y á las alturas del Estado, sino por medio de la moderna libertad religiosa. Si quisiéramos calificar con una sola fórmula nuestro tiempo, llamaríamosle el tiempo de la separacion absoluta entre la conciencia y el Estado, ó mejor, mucho mejor, llamaríamosle el siglo de la libertad religiosa. Y esta libertad religiosa nuestra ha acrecentado la persona humana, porque ha acrecentado la conciencia; y acrecentando la persona humana,

ha acrecentado tambien la poesía lírica. Es mas bella, y más santa, y más cristiana la paz de nuestro siglo que las antiguas guerras y las antiguas persecuciones religiosas. Exhala de su seno más poesía la mártir cuya cabeza cae tronchada como una flor sobre la arena donde se celebran los holocaustos á la conciencia libre, que el César, su juez; ó el esbirro, su verdugo; ó el populacho, su enemigo y denostante. Exhala más poesía que el horno donde ardieron los niños hebreos de Babilonia, que el potro donde atormentaron por bruja á la infeliz Juana de Arco, que el brasero cuyas llamas devoraron á Servet, que el monton de cenizas á que redujeron los huesos de Savonarola, que el patíbulo de Juan Hus y Jerónimo de Praga, que la Inquisicion de Felipe II, que las persecuciones de Luis XIV, que las iras de María la Sanguinaria contra los protestantes, ó las iras de Isabel Tudor contra los católicos; que todos estos reflejos del ódio, cualquier tranquilo y apartado espacio, en el cual, á la sombra del humano derecho, se dilata la libre con-



ciencia, como una ciudad á orillas de lagos celestes, al pié de montañas inaccesibles, en tierra preparada por larga historia á la forma definitiva del espíritu moderno, y donde se ve dibujarse, aquí la Sinagoga, resonante con los cantares que brotaron á las orillas del Eufrates ó en los arenales de Palestina; allá, la iglesia puritana, que ha educado á la América del Norte; acullá, el templo griego, que ha civilizado el Oriente; más léjos, la capilla anglicana, que refleja el alma de la nacion británica; sobre todo, la aguja de la catedral católica, á cuya sombra viven los pueblos más ilustres del planeta; cimas del espíritu humano, el cual busca por la variedad ingénita á su naturaleza los caminos de la gloria, y que allá, en lo infinito, se encuentra con la unidad de Dios, á manera que las diversas atmósferas incoloras é invisibles forman en la inmensidad el claro azul de los cielos. Y no me digais que esta libertad ha concluido con la poesía religiosa en nuestro tiempo. ¿Crecis de veras que no existe la poesía religiosa en nuestro tiempo? Quien desee sentir en

toda su grandeza el día de la Resurreccion, lea el canto último de la *Mesiada* de Klopstock, y oiga el himno de los muertos revividos, acompañado por la cadencia de las arpas seráficas. Quien desee sentir cómo la sangre de Cristo ha lavado todas las culpas y el árbol de la cruz ha hundido sus raíces hasta en el antro de todos los males, que lea la divina epopeya de Soumet. La plegaria tierna, efusiva, mística, hablará el lenguaje de la oracion por todos que Víctor Hugo enseña á su hija inocente, parecido en su susurro al primer gorjeo del ave, al cáliz entreabierto de la violeta, á la estrella de la tarde en el desierto cielo. á la campanada del Ave María en la alta torre de la iglesia. El cántico de Lamartine á Dios reúne las sublimes ideas de Platon á la forma concisa de Isaías. Pero ¿á qué extenderme? Si los siglos tuvieran su valle de Josafat, como los individuos, bastarian estas obras sublimes para que muchas faltas le fueran perdonadas á nuestro siglo y pudiera recogerse y asentarse á la diestra del Eterno.

Señores: si abrazáramos de una ojea-



da los dos extremos de la Historia, veríamos claramente cómo todos los esfuerzos del género humano se han reducido á pasar de la esclavitud, en que primeramente le avasallára la naturaleza, á la plena y entera libertad que le procura la ciencia. Esclavo en el mundo material de fuerzas fatales que no puede modificar, encuentra el primer grado de su emancipacion progresiva en la sociedad, cuyas leyes, aunque existan necesariamente, si no pueden ser destruidas, pueden ser modificadas por nuestra voluntad y nuestra inteligencia. Pero este grado de libertad no basta al hombre, y entra en el arte, donde la naturaleza sirve de simbolo á la idea, y llega á la religion y á la ciencia, donde alcanza hasta lo infinito, hasta lo absoluto, por medio, ora de la fe, ora de la razon. Si quereis, negadle otros atributos al siglo; pero no le negueis que es el siglo de la ciencia. Conozco que los tesoros científicos allegados por otras edades sirven mucho á la edad presente, bien al revés del arte, en que son eminentemente individuales, así la inspiracion como el ingenio. Pero

no dudeis que ciertos progresos bastan á engrandecer y sublimar á nuestra edad. Los telescopios, que llegan á quince leguas de la luna, los reflectores, que corrigen las impurezas del cristal, han abriollantado y engrandecido las regiones sídeas. La unidad de la materia se ha visto, descomponiendo hasta la última nebulosa, en las rayas del espectro solar. La teoría de la unidad de las fuerzas ha mostrado cómo se enlazan la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo y el movimiento. La Química ha encontrado el alma del fuego como el alma del agua. Se ha revelado la identidad de los metales en el sol y en la tierra, parecida á la identidad de la nube lejana que flota en la atmósfera con la lágrima de dolor que rueda por nuestra mejilla. Si á otro siglo le ha tocado mostrar la gravitacion universal y la armonía entre los astros, hale tocado al nuestro mostrar las afinidades entre las moléculas y su cohesion misteriosa en los cuerpos. La historia de la tierra es la obra casi exclusiva de nuestra edad. Las clasificaciones nuevas de las ciencias naturales tambien



nos pertenecen por completo. Hemos encontrado las leyes á que obedecen desde el hisopo hasta el cedro, y por el estudio de las hojas hemos deducido la serie sistemática y armónica de todas las plantas. No digamos nada del conocimiento de la tierra y de sus especies animales.

¡Cuán sublimes las historias de nuestros viajeros, movidos solamente por amor á la ciencia, sin auxilio de ningún Estado, exentos de toda codicia como puros misioneros, recorriendo lo interior del Africa y explorando las ignoradas fuentes del Nilo! ¡Cuán reveladoras las nociones de los tiempos prehistóricos y de las edades de piedra y de hierro! Así, desde el Trópico al Polo, nunca fué como hoy escudriñado el planeta. Y lo mismo sucede con el hombre. Desde la Fisiología hasta la Psicología; desde la relacion que existe entre el arpa de nuestros nervios y la electricidad difusa por la atmósfera; desde la descomposicion de la luz en sus colores fundamentales hasta la descomposicion del pensamiento en sensaciones, no-

ciones é ideas; desde la asimilacion de las moléculas por el cuerpo hasta la asimilacion de las creencias por el alma; desde el poder que tiene el medio ambiente en nuestra complexion fisiológica hasta el poder que tiene la raza y la pátria en nuestra complexion moral; desde la Física hasta la Metafísica, desde la Estética hasta la Historia; desde la Química orgánica hasta la Geología; desde la clasificacion de los seres hasta la clasificacion de los sistemas; toda esta série maravillosa de conocimientos ha esclarecido los abismos encerrados en el alma y en el Universo, iluminando al hombre que ve la idea de las cosas, y que las eleva á lo infinito y las enlaza con lo absoluto y con lo eterno. Jamás tuvieron, pues, tantos materiales, ni la poesía lírica y dramática, ni las artes plasticas. La misma Metafísica, ¡qué crecimiento ha obtenido! Ni Aristóteles supo señalar las diferencias que hay entre la sensibilidad y la inteligencia, entre la inteligencia y la razon, entre la razon y el juicio, como la escuela crítica; ni Platon alcanzó la virtud creadora de las ideas y la



realidad objetiva de la lógica, como la ha alcanzado la escuela hegeliana. Es verdad que las ciencias experimentales han pretendido invadir los dominios de las ciencias especulativas; pero también es verdad que nunca adelantó de la suerte que hoy ha adelantado el problema de los problemas, explicado ántes por sistemas tan fantásticos como la armonía preestablecida ó el mediador plástico, el problema de las relaciones entre el alma y el cuerpo, entre el agente que conoce y el objeto conocido. Nunca se vió tan clara la compenetración estrecha entre la idea y el sér. Nunca se comprendió tan verdaderamente que los hechos no caminan al acaso, sino dirigidos por el pensamiento. La historia de la Filosofía ha resultado, como anunciaba el más grande pensador moderno, la Historia universal. La Lógica creció al par que la Mecánica; la Metafísica al par que la Física; el conocimiento de la naturaleza orgánica al par que el conocimiento de las facultades del alma; la Geología al par que la Historia; la fisiología de las plantas, de los animales y de los

hombres, al par de la fisiología de las instituciones, de las leyes y de los códigos: la vida entera, y bajo todos sus aspectos, el inmenso y divino Universo. El árbol de la ciencia sube más allá de las constelaciones del cielo, y ahonda en las profundidades del espíritu: que si el Universo material es como una condensación del éter, el Universo científico es como una condensación del pensamiento. Pero no olvidemos, Señores, no lo olvidemos, como suele suceder con frecuencia, que así como no hay combustión posible sin oxígeno, tampoco hay ciencia posible sin libertad. O la ciencia no es nada, ó la ciencia es la verdad alcanzada por las fuerzas de la razón. Si blasfema quien arranca del sentimiento la fé, blasfema quien arranca de la ciencia la soberanía de la razón. No hay acción moral sin libre albedrío; no hay idea científica sin libre investigación. Ninguna autoridad coercitiva puede, aunque funda el cetro de todos los reyes y la espada de todos los conquistadores, cosa alguna, ni contra la razón, ni sobre la razón. Nuestro



siglo es el siglo de la difusión de la ciencia, porque nuestro siglo es el siglo de la libertad del pensamiento. Oígo murmurar en mi oído estas palabras: «Por lo mismo que es el siglo de la ciencia, no puede ser el siglo de la poesía.» ¿Cómo? En todo tiempo han caminado juntas por la tierra estas dos hijas del cielo. En el mismo siglo nacieron Sófocles y Sócrates; Cicerón y Virgilio; Santo Tomás y el Dante; Garcilaso y Arias Montano; Pereira y Cervantes; Pascal y Racine; Shakespeare y Bacon; Kant y Goethe; Hegel y Víctor Hugo. Por lo ménos, dirán otros, la ciencia moderna destruye la idea de Dios, y destruyendo la idea de Dios, ciega la fuente de toda poesía. No lo creáis, Señores, no lo creáis. Cada grande sentimiento que mueve el corazón, lo impulsa al amor divino; cada idea que ilumina la inteligencia, la acerca á lo absoluto; cada estrella que columbramos en lo infinito, añade como una nueva letra al nombre incommunicable del Creador. En la aurora y en el ocaso, en el estruendo de las tempestades y en la

música de las brisas, en el mar surcado por estelas fosforescentes y en el cielo lleno de astros, Dios mío, la sensibilidad te adivina como creador; en el inmenso río de los hechos, en la escena cambiante de la Historia, en esas tragedias que todos los siglos repiten, y en ese combate perdurable entre el bien y el mal, la intuición te presiente como providencia; en la ley moral, en la virtud, en la caridad, en el amor, en el misionero que desafía los elementos por llevar almas á la luz, en la hermana de la caridad que aparece sobre los campos de batalla, el corazón te ama como bondad suprema; en el arte, en los acordes de la lira, en las líneas de los monumentos, en las reverberaciones de la inspiración, la fantasía te contempla como la eterna belleza; en los altares, bajo la bóveda de los templos, á través de las plegarias y las nubes de incienso, la fé te adora, y en la ciencia la razón te conoce, y el alma entera desea vivir y morir en tus inmensos senos.

Nuestro siglo tiene su ideal. Y como



tiene su ideal, tiene también su altísima poesía. Cada género poético nace en la edad que verdaderamente le cuadra y conviene. La poesía épica es la poesía de la fé. Por tal razón, no reaparece en el mundo antiguo, después del siglo quinto anterior á Cristo; ni en el mundo moderno, después del siglo décimotercio posterior á Cristo. La poesía dramática es la poesía de la acción. Por tal motivo florece en Grecia tras las primeras guerras médicas; en España, tras las primeras conquistas americanas; en Inglaterra, tras las primeras competencias religiosas; en Francia, desde las revoluciones de la Fronda hasta los últimos días del reinado de Luis XIV. Y la poesía lírica, personalísima por excelencia, es la poesía de la libertad, la poesía de nuestro siglo, el cual en este género puede competir con todas las edades, y aún superarlas y vencerlas. ¡Poco poético el siglo décimonono! Sólo subiendo á los tiempos medios, á las luchas que se empeñaban allá en aquellas universidades llamadas por antonomasia escolásticas, entre nominalis-

tas y realistas, hallaríanse sentimientos tan fervorosos como los que despertaban aquí los combates entre clásicos y románticos. En Francia los clásicos sustentaban las antiguas tradiciones, y los románticos la innovación revolucionaria; en Alemania, al revés, los románticos pugnaban por la reacción, y los clásicos por la libertad; pero en uno y otro pueblo el empeño mútuo y el mútuo contraste crecían hasta tomar las peripecias de una guerra épica, en que las ideas pugnaban unas con otras, como las legiones invisibles de génius y de ángeles en las antiguas teogonías. Nuestro siglo ha merecido llamarse el siglo de oro en la poesía germánica. Nuestro siglo ha visto nacer dos literaturas hermosísimas: en el extremo Norte de Europa, la moscovita, que se envanece con los nombres de Pouckine, Gogol y Lermonteff; en el extremo Norte de América, la anglo-sajona, que se envanece con los nombres de Poe, de Emerson y de Longfellow. Nosotros mismos, en aquellas apartadas tierras, eternamente españolas por su historia, por su len-



gua, por su religion, hasta por su democracia, hemos oido á cantores como Bello, que han aumentado, si cabe, la belleza de la lengua; como Caro, que han enardecido el amor á la libertad; como Heredia y como Plácido, que han derramado en nuestra fantasía la vida exuberante de los Trópicos. En el Oriente europeo, la resurreccion de los pueblos, ántes dormidos y acallados en su servidumbre, ha hecho surgir una poesía popular, tan tierna y tan bella como esas ramas brotadas en añosos y cuasi secos troncos. El Norte entero ha brillado, á la manera de una de esas noches del polo que relumbran al reflejo de las rojas auroras boreales en el cristalino océano de apretado hielo. Una iglesia escandinava, la catedral de Land, ha presenciado un espectáculo como aquellos que nos ofreció el Renacimiento italiano desde el Petrarca hasta el Tasso, la coronacion del gran poeta nacional de Dinamarca por las manos mismas de sus vencidos y eclipsados rivales. Y al igual de Dinamarca, su hermana de sangre y de raza, Suecia,

ha visto nacer su poeta popular en este siglo, poeta cuya lira ha cantado desde la primera comunión de los niños en las iglesias de la aldea hasta los combates de los héroes escandinavos en sus antiguas guerras. Y si nos acercamos al centro de Europa, veremos que la poesía nacional húngara ha tenido para engrandecer su historia antigua el poeta épico Yorosmarty, como para alentarse en los combates de la libertad su poeta lírico Poetefi, muerto en las batallas por la patria, el año cuarenta y ocho, de tan misteriosa suerte, que no ha reaparecido su cadáver, como si el génio de nuestro tiempo hubiera querido llevárselo en alma y cuerpo á la inmortalidad y á la gloria. Más ¿á qué cansarnos? Pese á quien pese, no puede llamarse decadente una literatura que cuenta en Italia á Leopardi y á Manzoni, en Francia á Lamartine y á Víctor Hugo, en Inglaterra á Dickens, en Portugal á Herculano, en España nombres que no escribiré por no herir la modestia de los que los llevan con tanta honra, y con tan perdurable renombre



los legarán á lo porvenir y á la historia. El siglo décimonono es un siglo poético. Por nuestras ruinas se oyen himnos tan cadenciosos como si habitára eternamente en ellas el tierno sentimiento de Garcilaso y la enérgica sublimidad de Calderon; por esa Francia, de suyo recta y un tanto fria, centellea sublime ingenio, que á las hipérboles de Góngora junta la homérica sencillez del Romancero; celeste legion de laureados vates se alza sobre los bajos relieves de Italia; resuenan las orillas del Rhin con esas baladas, armoniosas como las ondas del rio, é indecisas como las gasas de sus nieblas; en las nieves de las regiones polares gorjean nidos de ruiseñores que muestran la poesía, como el espíritu humano, habitando en todos los pueblos y extendiéndose por todas las latitudes. Las ondas del Danubio cantan como las ondas del Rhin; las crestas del Rhodopo repiten los acentos de la guerra y los acentos de la epopeya; los soldados servios corren á pelear contra los turcos, despues de oír al rapsoda, mantenido por la caridad pública, como

en los tiempos antiguos, el romanee en que se cantan los sacrificios de sus padres en Kossovo, el Guadalete ó el Alarcos de Oriente; las inmensas llanuras de Hungría y de Rumanía se pueblan á los conjuros del arte con las sombras de los héroes históricos; y miéntras las selvas vírgenes del Nuevo Mundo, henchidas de aromas embriagadores, elevan la poesía de la esperanza, alimentada por la vida exuberante y por los ardores del trabajo, en el vasto cementerio donde nacieron los poetas y los dioses. en aquellas soledades de Grecia, exhaustas por el exceso mismo de su gloria, en el Pindo, en el Hibla, en las Termópilas se canta el heroísmo como en los tiempos de Leonidas, y se combate y se muere por la libertad y por la patria.

No acabára nunca si dijera cuántas grandezas poéticas, dignas de equipararse con sus grandezas industriales, encierra este siglo nuestro, rico y vasto como el mar, que contiene algas y esponjas, corales y perlas, detritus de organismos destruidos y gelatinas donde se encierra el gérmen de nuevos organis-



mos. Así el empeño de cuantos aman á la patria con amor desinteresado y puro debe ser bañarla en las aguas fortificantes del espíritu moderno, que robustecen y purifican, dando libertad al pensamiento, salud y energía al cuerpo. ¡Oh! para crecer las naciones necesitan servir á las ideas. ¿Y qué idea superior á las fundamentales y características de este nuestro tiempo? Acerquemos á ellas nuestra gran nación. España no puede dolerse de la parte que, en la distribución de sus dones, hanle de consuno reservado la Providencia y la Naturaleza. La estrella de la tarde, la esposa del sol, guarecida por sus cordilleras, besada de dos mares que la ciñen á porfía con sus ondas y con sus espumas, abierta por sus amigas playas, y sus seguros puertos á todas las naves del mundo; tan verde, tan húmeda, tan blanda como Escocia en sus provincias del Norte, y tan ardiente, tan bella, tan luminosa como Italia en sus provincias del Mediodía: idioma helvético su Noroeste, donde las altas montañas compiten con las serenas rias, juntándose los pí-

cachos y los valles, los nidos de los ruiseñores y los nidos de las águilas; epopéya semítica del Sudeste, con sus arenales que el simoun abrasa, y sus oasis que el azahar perfuma; paleta de mil colores sus costas mediterráneas, de arenas rojas y auroras esmaltadas por aguas celestes, de llanuras ceñidas por montañas que tiran al color de zafiro y por asiáticos palmerales bordados y griegas adelfas; fecundo el suelo, como el subsuelo, como ninguno, en toda especie de minerales; cercana al África, cuyos vientos, si encienden sobremanera sus veranos, también dulcifican sus inviernos; unida á América por esa cadena de islas, que empieza en Gádes y concluye en Cuba, pasando por aquellas felices que debieron guardar la Atlántida de Paton, nuestra tierra reúne en Europa todos los productos y todos los climas europeos, como en el cuerpo reúne el cerebro todas las raíces de la vida; y por tanto, eterna su grandeza, recobrará el antiguo influjo, eclipsado, pero no anochecido, y vendrá á traer



en la futura historia la reconciliacion á todas las razas, y vendrá á ser en los futuros tiempos la mediadora universal entre todos los continentes.

No conozco escuela de virtud como el hogar, ni conozco hogar como el hogar español, que parezca al igual nido y templo, ni familia como la familia española, que acierte en tanto grado á unir el amor más efusivo con el respeto más supersticioso. Bien es verdad que lo han formado y lo han bendecido nuestras mujeres, no tan de admirar y de querer por su hermosura incomparable como por sus virtudes y calidades de amantísimas esposas y pródidas y santas madres. Así el ideal podrá desaparecer de todas las conciencias, pero siempre quedará en la conciencia española; el arte podrá enmudecer en todos los horizontes, pero siempre cantará en nuestros caldeados horizontes; la vida dramática podrá destruirse bajo los cilindros de la industria en toda Europa y no se destruirá en la tierra nativa del drama; la fé dejará de latir en todos los pechos cuando todavía en-

jendre aquí legiones de héroes y de mártires poseidos de la sed del sacrificio y enamorados rendidamente de la muerte. Así habrá siempre un arte español de inextinguible gloria, en armonía con nuestro íntimo natural y nuestro carácter histórico. No me habéis de esas sábias combinaciones músicas con que el talento matemático de los artistas del Norte concuerda tantos tonos discordes y combina también instrumentos diversos en sus maravillosas sinfonías; hijo de mi patria y de mi raza, con los oídos organizados como el heleno antiguo y el moderno semita, solamente alcanzo á comprender la melodía, monótona y uniforme si quereis, semejante al sonido del aire en los desiertos, al eco de las ondas en las playas, á los trenos del profeta en Jerusalem y á los acentos de la guzla en la tienda; sí, la melodía llamada malagueña, polo, playera, saeta, que canta las tristezas y los deliquios de un amor inefable el cual cree corta la vida para su duracion, estrecho el universo á su grandeza, y desea en el dolor engendrado por el combate entre



el sentimiento y su expresión, explayarse allá en los espacios necesarios á su intensidad inmortal, allende la tumba, en lo infinito y en lo eterno. Y no me digais que se sabe bailar casta y noblemente allí donde no baila el pueblo al són de esa jota, que enardece la sangre y dá el vértigo de los rápidos y contenidos movimientos; al són de esa muñeira y de ese zortzico que recoge los ecos de la zampona en las majadas y en los oteros como ninguna otra égloga; al són de esa guitarra, acompaña da por las palmas y las castañuelas, que despierta á la andaluza de su natural soñarrera, y la danza sobre la mesa, en que campean las cañas rebosantes de manzanilla y jerez, á bailar, echada hácia atrás la cabeza, alzados los brazos al cielo, extáticos los negros ojos que abrasan, ligeros los breves piés como el aire, á bailar uno de esos jaleos, á cuyas cadencias y estremecimientos suspenden allá arriba, de celos y de envidia aquejadas, sus parabólicas y eternas danzas las estrellas.

Y lo que digo del baile y de la mú-

sica digo también de nuestras artes plásticas. Enseñadme espacio del planeta donde se combinen el bizantino con el sirio como aquí en España, y entre las ruinas romanas se vean los ajimeces asiáticos; y al través de la ojiva que recuerda las cruzadas, el arco de heradura que recuerda á los califas; y junto á las torres Bermejas y sus estancias de estalactitas empapadas en mil colores se alcen las agujas góticas exhalando religiosas plegarias; y el Oriente unido con el Occidente produzca nada tan original como los edificios mudejares; y la ornamentación sobrepuesta á las líneas cuasi helénicas de aquél haya dado cosa que se parezca ni de léjos á nuestro plateresco; y desde las iglesias románicas de Asturias, donde los cincelados rudos apenas desbordan las piedras groseras, á los patios árabes de Sevilla, donde al través del alicatado y de la alharaca se ve y se oye el surtidor cayendo en la alberca de mármol, recorra la imaginación una arquitectura más variada y más hermosa en sus opuestas manifestaciones que esta arquitectura es-



pañola, verdadero ornato de nuestro territorio, esculpido y cincelado por todas las artes á porfía como uno de aquellos áureos escudos, obras predilectas del deslumbrador Renacimiento. Y hemos poblado la magestad de tales edificios con las estatuas de Montañes, de Cano, de Zarcillo; y hemos cincelado sus paredes con las guirnaldas que tejían sobre las piedras los buriles de Beruguete y de Borgoña.

Mas en el género en que ostentamos originalidad tal que nadie puede disputárnosla con derecho, es en la pintura. Nuestro natural independiente nos ha preservado de las imitaciones artificiosas, y nuestro sentido en realidad nos ha impedido caer en lo convencional y amanerado. Nosotros competimos en belleza con Florencia y Roma, en verdad con Holanda y Alemania, en color con Florencia y Flándes, en idealismo con Asis y Pisa, aventajando quizá á todos por la nativa y diversa genialidad de nuestros pintores, tan rebeldes á las tiranías de la escuela como nuestros mismos inmortales dramáticos.

¿Sabeis de alguna decadencia duradera en ese divino arte español? Cuando el saco de Roma dispersó á los discípulos de Rafael y la muerte de la república florentina hirió en el corazón á Buonarroti, en aquel comienzo de la noche, la hermosura perfecta renació, no por los palacios de Mantua, donde Julio Romano, desposeido de su númen tutelar, tocaba en lo hiperbólico y en lo extravagante, sino por las iglesias de Valencia, donde surgian de la paleta de Juan de Juanes aquellos Salvadores descendidos del Tabor á sus tablas despidiendo luz espiritual como la que pudieran soñar los místicos en sus deliquios, y encerrados en líneas como las que pudieran trazar los escultores clásicos en los bajos relieves antiguos. Cuando la imitación servil, los procedimientos arbitrarios, la mezcla de escuelas opuestas, la falta de fe en el helenismo y en el cristianismo, en la religion de la hermosura y en la religion de la verdad, creó la sincrética escuela de Bolonia, herida por irremediable decadencia, como todos los géneros híbridos, salie-



ron de nuestros talleres en tropel aquellos apuestos caballeros y lujosas damas de Sanchez Coello, en cuya frente resplandecian las señales de la gloria nacional y en cuyos lábios sonaban los versos de Lope y de Herrera; aquellos jinetes y sus caballos dando al vientecillo arrebolado del Guadarrama crines, plumas y bandas con tal arte, que las sentís crujir en vuestro oído; aquellos ciclopes presos en sus cavernas, cuyos desnudos han robado á la naturaleza los secretos de la encarnacion y del organismo; aquellos bufones, tan grotescos y ridículos, como caballeros y gentiles hombres los vencedores de Breda, capaces de recoger los trofeos de la victoria sin humillar la dignidad de los vencidos; todas aquellas figuras, reproducciones milagrosas de la realidad misma sobrepujada por el arte, respirando en atmósfera tan verdadera y luminosa que os entraríais por los cuadros á recoger en vuestra retina los cambiantes de la luz y en vuestros pulmones los soplos del aire; y sobre este universo de tantas formas y de tantos matices, como el

cielo estrellado sobre la tierra vívida, en nubes enrojecidas por las reverberaciones del sol sobre las aguas del Guadalquivir, entre coros de arcángeles y serafines que lueven rosas y agitan palmas, calzada por la luna, vestida del immaculado candor y envuelta en el ceruleo manto, á los piés la culebra del mal herida y en las sienes los resplandores de la luz increada, extáticos los ojos como embebidos en la gloria y alzado el pecho como para recoger y respirar la palabra creadora, va la Virgen de Murillo, como divino arquetipo, en cuyo casto seno renace la hermosura sin sombras del paraíso y recobra la misera humanidad ya sin pecado su primitiva é immaculada inocencia. La ecuacion establecida en nuestra pintura entre la naturalidad y la idealidad resulta de tal suerte íntima, que parece toda una estética en accion, superior, bajo mil aspectos, á un género especialísimo y concreto del arte. Y á la superioridad de esa estética atribuyo que ni la decadencia de la escuela bolonesa y napolitana, imperantes en todo el siglo décimo sépti-



mo, ni la decadencia universal del siglo último, hayan podido contagiar á la escuela española. Así, miéntras los pintores más eminentes, corrompidos y contagiados de pésimo gusto, á una se malogran por su falso colorido y su servidumbre convencional, aragonés egregio, dotado de la gracia y de la naturalidad celtíberas, al par que de creadora fantasía, esboza en imperecederas aguas fuertes las ideas de su tiempo, indecisas como las sombras de su lápiz, y traza las figuras que pasan por su retina, abriendo á aquel pueblo, que á primera vista decaído emprendió la guerra de la Independencia, los cielos del arte, y los infiernos á la proterva córte que nos manchó con sus liviandades y nos vendió como un ható de ganado, por la codicia vil de un favorito, á la devastadora ambicion de un extranjero. No, no decae la pintura española, como no decae el ingenio nacional, que puede hincharse unas veces, perderse en retruécanos otras, pero jamás extinguirse por completo.

Bien es verdad que nuestra poesía se parece á nuestra pintura en su origina-

lidad, en su independencia, en su menosprecio de las reglas convencionales, en su caracter romántico. Así tiene tres obras colosales: *El Romancero*, el primer poema épico de los tiempos modernos; *El Quijote*, la primer novela, y *Los dramas incomparables*, que constituyen el primero sin duda alguna entre todos los teatros del mundo. Y no tenemos solamente aptitudes artísticas y poéticas; tenemos tambien, diga lo que quiera una critica superficial, grandes aptitudes científicas, reveladas al mundo desde los comienzos mismos de nuestra inmortal historia. Principiaba el Imperio romano, y la ciencia española constituia la moral práctica, cuyos preceptos se confunden casi con los preceptos evangélicos, por ser los dias del espíritu á semejanza de esos dias boreales que ven los crepúsculos vespertinos y matutinos mezclarse en los mismos resplandores. Sucumbía la civilizacion latina, y entre las irrupciones alzábanse dos monumentos imperecederos, los dos nuestros, á saber, un código sintético, *El Fuero Juzgo*, y un libro enciclopédico, las *Etimologías*



de san Isidoro; por todo lo cual nos pertenece en dominio directo y absoluto la ciencia entera de aquellos perturbados tiempos. Y más tarde, entre las guerras del feudalismo, bajo los terrores milenarios, cubierto el mar de piratas y de bandidos la tierra, apagadas las pavesas de las ideas por la pesadumbre de las ruinas, la ciencia anocheciera sin las ciudades españolas, que levantaban sus academias entre las tinieblas y recogian la antorcha apagada en las manos de Atenas, de Alejandría y de Roma. Nuestros andaluces enseñaron á la entónces bárbara Europa la mecánica y la hidráulica; dieron al cálculo así la adelantada numeracion india, que sustituyó á la pobre numeracion latina, como el álgebra que amplió la matemática; trocaron el sayal de penitencia pegado á las maceradas carnes monásticas por el limpio y fresco algodón; extendieron en el siglo noveno, en aquella oscuridad, la Topografía y la Estadística; conocieron en el cielo ya las manchas del sol, tan instructivas para los estudios astronómicos, y en la tierra las clasificaciones mineralógicas y

zoológicas y botánicas, tan necesarias á los progresos del saber; sacaron de las retortas, no la piedra filosofal, en vano buscada, algo más precioso, las aplicaciones de la Química á la Medicina; manejaron el bisturí con tal arte, que bien puede llamárseles sin exageracion los fundadores de la Cirugia; pusieron los globos terrestres y las esferas armilares y los astrolabios y las clepsidras en las escuelas, y completaron los relojes añadiéndoles el péndulo, cuyas oscilaciones habian de notar más tarde las sinfonías de los mundos y las afinidades y los amores de la atraccion; construyeron los primeros observatorios astronómicos en torres tan gallardas como la Giralda bética, y revelaron la refraccion de la luz en nuestra atmósfera por medio de observaciones profundísimas; trajeron las bases de la óptica moderna, y siglos antes de las experiencias de Torricelli adivinaron la gravedad del aire y las diversas densidades de sus alturas; impulsaron, no solamente la ciencia de las estrellas, sino tambien la ciencia de las ideas, esparciendo en Provenza, en Tos-



cana, en Sicilia, en los templos del pensamiento, aquella filosofía, por cuyos cánones vivió y se amaestró la Edad Media. Las gentes de los más remotos climas vinieron á nuestras universidades; los astrónomos de las más várias naciones calcularon por las tablas alfonsinas y admitieron el meridiano de Toledo; una prosa sábia, en la cual se escribieron obras magnas como *Las Partidas*, fijóse ántes que se fijaran la prosa italiana, francesa y británica; las ideas todas del siglo décimocuarto refluieron á la mente de Lulio, cima á la sazón del mundo intelectual, cima que da vértigos; ántes de Bacon llamaba Vives el entendimiento á la experiencia contra las abstracciones y arbitrariedades escolásticas; al par de Descártes buscaba Pereira las bases incommovibles de la certidumbre psicológica; precediendo á Harvey, descubria Servet la circulacion de la Sangre, casi al mismo tiempo que nuestros navegantes completaban la vida planetaria con sus invenciones de continentes y archipiélagos, las cuales evocaban nuevos edenes, nuevos hemisferios,

nuevos astros, nuevas constelaciones en los inmensos espacios del cielo, y florecencia universal en los profundos senos de la tierra.

A estos admirables timbres áun reuniremos otros mayores el dia que pongamos todas nuestras virtudes á servicio de lo único que puede avivar hoy el ánimo de las naciones, á servicio del espíritu moderno. Como alternan los vientos ardientísimos y frios en nuestras estaciones; como resaltan las sombras y la luz en nuestros horizontes, de igual suerte suelen sucederse cambios en nuestros destinos y tránsitos de edades procelosas y tristes á edades afortunadas y serenas. Más amigos del combate que del trabajo; más confiados en los favores de la fortuna que en las acumulaciones del ahorro; difíciles á los rigores de la disciplina social, y fáciles á los llamamientos de las aventuras fabulosas con tal que las cohoneste y las jutzifique el valor; poco previsores en los negocios públicos y en los particulares; apasionados y entusiastas por extremo; creyentes, y como tales, si inaccesibles



á la duda, nada duchos en el exámen prolijo de las ideas y de las cosas; á cambio de esto, reunimos aptitudes cual ningun otro pueblo; reunimos á la vehemencia, la constancia; á la viveza del sentimiento, la energía de la voluntad; á las más profundas convicciones respecto de la fundamental igualdad humana, los puntos de honor congénitos con nuestra altivez y dignidad nativas; á los instintos democráticos, los instintos caballerescos; á la independencia personal, afecto devotísimo por la patria; á la lucidez de la inteligencia, tan extensa como perspícua, el brillo de la fantasía, tan poderosa como fecunda; á la intuición soberana, el carácter reflexivo; á los arrebatos y á los impulsos, la resistencia, el menosprecio por los intereses de un día, la inclinacion al sacrificio; al ardor de la sangre meridional, la frugalidad más austera; á cierta complexion de penitentes, y á un orgullo que no mide los obstáculos, como en el esplendor de nuestra atmósfera luminosa apenas pueden medirse las distancias, y á un idealismo tan etéreo que mantiene nuestra

aptitud para todo, hasta en medio de todas las decadencias, incontrastables aspiraciones á lo extraordinario, aunque raye en lo imposible y necesidades continuas del drama, hasta en la vida vulgar y del esfuerzo, aun que sea en la guerra: calidades, las cuales, en medio de los adelantos de su industria y de su política y de sus riquezas, exigirá y necesitará Europa algun dia para enardecer en el sentimiento su corazon algo aterido y caldear su razon, sobrado positiva, en las virtudes que suscita la fé y que conservan el entusiasmo y el amor, esos generadores de todas las sublimes y duraderas grandezas.

Así España ha cansado á la Historia. Ni la captó el cartaginés, sino despues de haber salvado su honor en las llamas de Sagunto, ni la venció el romano, sino despues de un combate que durára centurias, cuando dos batallas bastaban para descorazonar á los heroicos galos que subieran al Capitolio y mesáran las barbas de los senadores, y un paseo para sojuzgar á los pictos y á los britanos. Nuestros fuertes cántabros preferian el



suicidio en las amargas ondas á testificar con su terrible presencia, en la Via Sacra, el cautiverio y la derrota; y nuestros cultos andaluces vencian á los vencedores dei Orbe, dándoles sus primeros Césares, sus primeros filósofos, sus primeros dramáticos y sus primeros épicos. Sintética como nuestra tierra, nuestra raza unió ántes que ninguna otra los residuos de la cultura latina con la sangre de la gente goda, y la severa idealidad católica con los sensuales estros del Oriente. Cada provincia escribió una epopeya; si Cantabria detuvo á los romanos, Astúrias á los árabes, Galicia á los normandos, Navarra á los francos; y las gentes que bajaban del Pirineo calzadas con toscas abarcas, y los mercaderes que anudaban el comercio moderno en Barcelona, dilatáronse con el Ebro, por cuyas frescas riberas combatian y trabajaban; dilatáronse por el Mediterráneo y sometieron mil regiones célebres por su vieja historia, miéntras las gentes de Andalucía y Extremadura se dilataron por el Océano y dieron á la tierra nuevos mundos. El planeta

entero guarda por todas partes testimonios, como del fuego creador, del genio español. Sin desconocer nuestras deplorables empresas contra gran parte de los progresos modernos; sin olvidar la guerra insensata declarada por nosotros á la más necesaria de todas las libertades, á la libertad de conciencia; maldiciendo y abominando con toda nuestra alma de la inquisicion y del absolutismo, capaces de agotar fuerzas tan gigantes como las fuerzas de nuestra raza, debemos decir que, á pesar de tales errores, dejamos en todas partes testimonios de nuestra nativa grandeza.

No podeis ir á la cuna del sol sin hallar la estela de las naves lusitanas, ni al ocaso del sol sin encontrar la estela de las naves españolas; pues sin exageracion puede decirse que la Península ibérica ha redondeado el planeta y ceñídolo, como de un zodíaco indeleble, con la guirnalda de sus hazañas y de sus glorias. Los árboles de la India asiática murmuran las estancias de Camoens y las ondas del cabo de las Tor-



mentas el nombre de Gama; los fuertes legionarios que acampan á las orillas del Danubio por las llanuras de Rumanía; aquellos legionarios de Trajano, cuyos férreos pechos opusieron como vivas murallas tanta resistencia á las irrupciones bárbaras, consagran religioso culto á su patria, Sevilla, y suspiran por el Guadalquivir, el río de sus padres; la hermosa Grecia no puede olvidar que en la Edad Media supimos defenderla contra sus enemigos con las huestes catalanas y aragonesas, mientras en la Edad Moderna despertarla al combate por su independencia con la voz tonante de nuestras revoluciones; la prestigiosa Constantinopla sabe que la espada de los guerreros españoles flameó sobre sus cúpulas y detuvo por un siglo la media luna ante la cruz de Constantino, y las misteriosas Anatolia y Armenia ostentan las barras grabadas en sus riscos por el buril inmortal de la victoria; dice la isla que oyó el pensamiento de Pitágoras y el cántico de Teócrito, como vivió feliz y libre bajo nuestro techo cinco siglos, y cuenta la sirena del Tirreno,

la helénica Partenophe, en sus playas resonantes, como le dimos la salud con los trabajos hercúleos que disecaron sus pestilentes lagunas, y la libertad con las batallas sangrientas que destruyeron á los tiranos angevinos; por los muelles de Venecia se ven á la luz del cielo, reverberado por las aguas del Adriático, en los brillantísimos cuadros donde cruje la seda y brilla el tisú, entre los patricios republicanos, á los héroes de Lepanto, y por las anchas y marmóreas escaleras del palacio de Andrea Doria, en Génova, tan española por su carácter como por sus recuerdos, al través de las florestas, las velas y los gallardetes de nuestras escuadras; Túnez, Trípoli, Orán, Argel, guardan memoria de nuestro esfuerzo, como Tánger, Ceuta, Tetuan, blasones de nuestras coronas; el mundo americano murmura que los españoles tuvieron la revelacion de su ignorada existencia y exploraron rios como el Amazonas y el Missisipi, y subieron á cordilleras como los Andes, y confiaron por vez primera el nombre de su Criador á las selvas, cuyos árbo-



les parecian pertenecer á los primeros dias de la creacion, y fundaron esos coros de ciudades extendidos desde la Carolina y la Virginia hasta Chile y el Perú: las aguas del Pacifico publican que la nave *Victoria* surcó por vez primera sus senos; que el estrecho de Magallanes en la tierra y la cruz de Magallanes en el cielo designan y califican eternamente el hemisferio austral; que nuestras manos, las manos de los portugueses y de los españoles, unidas de India á India, redondearon el planeta, y que nuestros pilotos dieron por vez primera la vuelta al mundo y circunnavegaron los mares: hazañas las cuales despiertan este amor exaltado á la patria, esta furia en defenderla contra toda agresion, de tal suerte sublime y heroica, que doquier se combate por el hogar y la familia, por los dioses lares y la independencia nacional, los griegos en Misolhongui, los rusos en Moscou, los polacos en Varsovia, los franceses en París, los venecianos entre las bombas austriacas, los búlgaros bajo el turco alfanje, pronuncian como un númen el nombre de Es-

paña, y se evoca como un talisman la sombra de Zaragoza y de Gerona para alentar á los héroes en sus terribles combates y consolar á los mártires en sus cruentos sacrificios.

Pero sobre todas nuestras creaciones selevanta la creacion por excelencia del ingenio español, se levanta nuestra lengua. De várias y entrelazadas raíces; de múltiples y acordes sonidos; de onomatopeyas tan músicas que abren el sentir á la divinizacion de las palabras ántes de saberlas; dulce como la melodía más suave y retumbante como el trueno más atronador; enfática hasta el punto de que sólo en ella pueda hablarse dignamente de las cosas sobrenaturales, y familiar hasta el punto de que ninguna otra le ha sacado ventaja en lo gracioso y en lo picaresco; tan proporcionada en la distribucion de las vocales y de las consonantes, que no ha menester ni los ahuecamientos de voz exigidos por ciertos pueblos del Mediodía, ni los redobles de pronunciacion exigidos á los labios y á los dientes del Norte; libre en su



sintáxis, de tantas combinaciones que cada autor puede procurarse un estilo propio y original sin daño del conjunto: única en su formación, pues sobre el fondo latino y las ramificaciones celtas é íberas ha puesto el germano alguna de sus voces, el griego alguno de sus esmaltes y el hebreo y el árabe tales alcatados y guirnaldas que la hacen, sin duda alguna, la lengua mas propia, tanto para lo natural como para lo religioso; la lengua que mas se presta á los varios tonos y matices de la elocuencia moderna; la lengua que posee mayor copia de palabras con que responder á la copia de las ideas; verbo de un espíritu, que si ha resplandecido en lo pasado, resplandecerá con luz más clara en lo porvenir, puesto que no solo tendrá este territorio y estas nuestras gentes, sino allende los mares territorios vastísimos y pueblos libres é independientes, unidos con nosotros, así por las afinidades de la sangre y de la raza, como por las mas íntimas y mas espirituales del habla y del pensamiento, cuya virtud nos obligaría ciertamente á continuar en el

Viejo y en el Nuevo Mundo una historia nueva, digna de la antigua y gloriosísima historia. Señores Académicos, creedlo; no puede ejercerse ministerio más patriótico que el ministerio de velar por la pureza de nuestra lengua. Cuanto más vivimos, Señores, más nos penetramos de que la sociedad y la naturaleza componen sus armonías de sus contradicciones. Como se necesitan la atracción y la repulsión en los mundos, el flujo y el reflujo en los mares; como se necesitan fuerzas que produzcan lo general, las especies, y fuerzas que produzcan lo particular, los individuos; como se necesitan y se completan la unidad y la variedad en el arte, necesitanse y complétanse las instituciones indispensables á la conservación y las instituciones indispensables al adelanto de las sociedades humanas. Nosotros, como Academia, somos instituto de conservación y de estabilidad. Dejemos á la espontaneidad de los individuos y á las genialidades de la inspiración personal todas las innovaciones, y reduzcámonos en Cuerpo á conservar incólume un ha-



bla que puede admitir el progreso moderno sin perder su natural antiguo. Hubo un tiempo en que, estragada por la servil imitacion francesa, parecia condenada nuestra lengua á perder la libertad de su sintáxis y la propiedad de su analogía, trocándose de rica y magestuosa, por olvido y desuso de sus mejores voces y giros, en tosca y pobre. Mas nuestros dias blasonan con justicia de un renacimiento en el culto á la lengua nacional y de una sujecion voluntaria al estudio de sus eternos modelos. Demos, pues, nosotros todas nuestras fuerzas al propósito de despertar y mantener estas buenas inclinaciones, que sacando al habla de los altos y bajos porque acaba de pasar, la pongan allá en las cumbres de la buena andanza, Divididos por nuestras creencias políticas y nuestras creencias científicas; afiliados bien ó mal de nuestro grado, en bandos irreconciliables la mayor parte de nosotros; con nues ros agravios y nuestras heridas. cosecha natural de revoluciones y guerras civiles sin cuento, aún abrigamos afectos, en los cuales pueden

confluir todas las vidas, entenderse todas las inteligencias, juntarse todos los corazones; aún conservamos algo que nos acerca y nos identifica, como si tuviéramos una sola alma. Todo cuanto hemos querido y todo cuanto hemos respetado en el mundo pertenece á esta nuestra tierra. De su jugo es la sangre que corre por las venas; de su polvo la cal que compone los huesos; de su luz el celeste resplandor que llevamos en la frente; no podríamos vivir nuestra vida léjos de sus hogares, que han recogido las lágrimas de nuestras santas madres y el suspiro de nuestros primeros amores, y no podríamos dormir el sueño de la muerte fuera de sus sepulturas, que guardando los huesos de nuestros progenitores, guardan las raices del propio organismo; para pensar necesitamos de su lengua, y para cantar y para rezar, para esplayarnos en lo infinito, huyendo de las limitaciones de esta vida contingente, sus poesias y sus plegarias; alimentamos nuestros cuerpos con los frutos de sus campos, y nuestras almas con las tradiciones de su historia; por



consiguiente, prometamos y juremos que nunca nos parecerá costoso ningun sacrificio hecho en aras de su grandeza, y que nunca podrá separarnos ningun suceso del comun sentimiento que á todos nos confunde en uno solo sobre este suelo sagrado del eterno amor á nuestra pátria.

HE DICHO.















